

REVISTA EUROPEA

NÚM. 299.

16 DE NOVIEMBRE DE 1879.

AÑO VI.

LOS NERVIOS Y LOS MÚSCULOS

LOS FENÓMENOS ELÉCTRICOS, SEGUN M. ROSENTHAL

I

M. Rosenthal ha publicado un libro acerca de los fenómenos eléctricos de los nervios y de los músculos, y aunque el autor enseña fisiología en la Universidad de Erlanger, su obra parece más de un físico que de un biólogo.

Si existen en la economía dos tejidos en que las propiedades físico-químicas no ocupen el primer lugar, son seguramente el tejido muscular y el nervioso, cuyo papel especial en la economía reposa únicamente sobre las propiedades vitales que les son exclusivas, y que podríamos designar con los nombres de *neurilidad* y *contractilidad*.

Parece que, hace algunos años, los biólogos, especialmente los alemanes, se han dejado seducir por una especie de mecanismo exagerado. Por esto han querido ver en las paredes del intestino, en las de los linfáticos, etc., orificios para permitir el paso de sustancias líquidas ó emulsionadas, cuyo movimiento molecular nutritivo bastaría por sí para explicar su paso á través de las partes vivientes. De la misma manera se ha pretendido explicar, en la destrucción del rojo de la retina por la luz, el origen de las impresiones visuales, sin notar que de este modo, tan sólo se aplazaba la dificultad, puesto que nos es tan imposible comprender cómo un acto químico que pasa en el seno del elemento nervioso puede llegar á producir una sensación consciente, como comprender que ésta puede resultar de una modificación calorífica causada en la sustancia de este elemento por las radiaciones del espectro de Newton. Esta tendencia á explicarlo todo en biología por las leyes conocidas de la física general, parece que domina también en el estudio de los nervios y de los músculos; se ha querido ver en las propiedades físico-químicas, y especialmente en la fuerza electromotriz que reside en los tejidos nervioso y muscular, algo como la razón misma de sus propiedades

vitales, y aún podemos declararnos satisfechos cuando no se confunden las unas con las otras.

Esta lamentable disposición de espíritu de ciertos biólogos, depende de una falta de método: de que desconocen la subordinación tan importante de las diversas propiedades de los cuerpos, poniendo á la misma altura las que son generales y se aplican á todos los cuerpos de la naturaleza, como las eléctricas, y las especiales que ni siquiera pertenecen á todos los cuerpos vivos, y no se dan más que en un pequeño número de elementos anatómicos ó de sustancias animadas, como las sustancias de los amibos, los epitelios vibrátiles, ciertas células pigmentarias, y los elementos constitutivos de los nervios y de los músculos. Por haber descuidado este principio esencial de todo estudio positivo, es por lo que se ha errado tanto, pidiendo á las propiedades físico-químicas de los tejidos muscular y nervioso lo que no pueden dar: la clave del funcionamiento de los órganos que están por ellos constituidos. Por lo demás, no pretendemos que los actos vitales realizados por los músculos ó los nervios, la contracción de aquéllos, la trasmisión por éstos, sean independientes de los actos físico-químicos que se realizan al mismo tiempo en el seno de estos tejidos. Todo prueba, por el contrario, que la relación es aquí absolutamente íntima entre los actos vitales y las modificaciones físico-químicas convenientes, y que las unas no podrían en caso alguno existir sin las otras. Pero es necesario confesar también que el lazo entre los dos órdenes de fenómenos nos es desconocido, y que hasta ahora no podemos afirmar más que su concomitancia, que pudiéramos llamar necesaria. En cuanto al músculo, conocemos una parte de los cambios químicos que acompañan á la contracción, y á nadie se le ha ocurrido jamás ver en la modificación de la relación de los dos diámetros del músculo la expresión directa de las reacciones que se operan al mismo tiempo; nadie confunde ni identifica una cosa con otra.

También se operan en el músculo que se contrae modificaciones físicas, pero son menos conocidas y han excitado menos la aten-

cion. En cuanto á los conductores nerviosos (pues en todo esto nos referimos sólo á los nervios y no á los centros nerviosos), sucede lo contrario: importantes modificaciones físicas se nos revelan cuando entran en actividad, mientras que hasta ahora no conocemos cambio químico alguno, sin duda á causa de lo imperfecto de nuestros medios de observacion. Pero no por eso deja de ser del mismo orden la relacion entre el acto vital propio del tejido y las modificaciones físicas de que es asiento durante este acto. No se debe incurrir en esta confusion, como no se debe tampoco confundir la contraccion del músculo con la produccion de ácido carbónico y de ácido láctico en su tejido.

De todos modos, no parece que el mejor medio de resolver el grave problema de la relatividad de las propiedades vitales y de las fisico-químicas sea buscar primeramente la solucion en los tejidos donde actos como la contractilidad y la neurilidad resultantes de propiedades vitales particulares vienen á coincidir con el acto fundamental característico de la vida: la nutricion. Solamente cuando conozcamos algo las relaciones entre la nutricion de los elementos anatómicos y sus propiedades fisico-químicas, será cuando podamos vislumbrar los medios de abordar el estudio, seguramente mucho más complejo, de las relaciones entre las mismas propiedades y la contraccion muscular y la trasmision nerviosa, sin hablar de los actos más oscuros que se realizan en los centros nerviosos, y de los todavía más íntimos del centro consciente.

II

Cuando nos proponemos medir la cifra exacta de nuestros conocimientos en lo relativo á la electricidad animal, á la que M. Rosenthal concede tanta importancia, se ve que es muy pequeña. Se podría decir que todo lo que sabemos en ese punto cabe perfectamente en el centenar de páginas que le consagra el autor citado. Y, sin embargo, se han escrito verdaderos volúmenes acerca de este asunto, y llenado de Memorias originales muchas revistas científicas.

Se sabe que las investigaciones de electricidad animal son debidas á M. Du Bois-Reymond, que ha consagrado á ellas su vida. En el prefacio de su Memoria sobre la fisica de los músculos y los nervios, nos dice que, colocado á la edad de veintidos años por

J. Müller en presencia del problema de la corriente de la rana, está ocupado todavía, despues de treinta y cuatro años, en encontrar la solucion. Esta perseverancia sin ejemplo hace el elogio del eminente fisiólogo; pero ¿quién osaría decir que M. Du Bois-Reymond, ó sus discípulos, hayan llegado á los resultados que era lícito esperar de tan grandes esfuerzos, cuando el maestro mismo parece tan poco convencido de la solidez de su obra? Se necesita tambien que los fenómenos fundamentales sobre los que el profesor de Berlin ha levantado toda su teoría acerca de la electricidad animal sean reconocidos por todos los fisiólogos como dignos del papel que se les atribuye: sus adversarios no llegan, con M. Hermann, de Zurich, hasta considerar muchos de los fenómenos en cuestion como extrafisiológicos y dependientes tan sólo de la alteracion de tejidos que acompaña á la muerte.

Los hechos no estudiados que han dado origen á esta polémica, tienen en sí, desde luego, una claridad que no deja nada que desear; los principales se designan con los nombres de *corriente muscular* y *electrotonus* de los nervios.

Recójase sobre un segmento de músculo ó de nervio (este segmento debe tener dos milímetros de largo por medio de grueso), rodeándole de las precauciones convenientes, una corriente eléctrica extremadamente sensible, y que vaya de la periferia al extremo del órgano; es decir, que en el segmento considerado, esta corriente vaya del centro á la periferia. Este hecho es bien positivo y nadie puede negar la existencia de la corriente muscular; pero se notará que, hecho el experimento del modo que nosotros indicamos,—y no puede hacerse de otra manera,—supone un traumatismo. Hé ahí el origen de una grave discusion: saber si estamos enfrente de un fenómeno normal, formando parte de la misma dinámica del órgano, y que la experiencia manifiesta, ó si esta corriente no aparece en el tejido más que como consecuencia de las maniobras verificadas para recogerla, así como lo habia sospechado ya Becquerel cuando M. Du Bois-Reymond dió á conocer en Francia sus primeros trabajos. En otros términos, la fuerza electromotriz que se manifiesta en la experiencia clásica que referimos, ¿es una verdadera propiedad de la sustancia viviente, no toma origen más que por la descomposicion de partes abandonadas, expuestas al aire, etc., no es,

en una palabra, más que el primer efecto de la alteración cadavérica? Dos escuelas enteramente opuestas vense personificadas en M. Du Bois-Reymond y M. Hermann: la que sostiene la preexistencia de la corriente en el órgano viviente, contra la que defiende «la teoría de la alteración», y que quiere que el traumatismo necesario para evidenciar las corrientes del tejido muscular ó nervioso, sea la razón determinante de las mismas.

Ciertamente que la corriente de que estamos ocupándonos no se manifiesta con la misma energía en ningún otro tejido, y ésta es, sin duda, una de las razones de la confusión que se hace de las propiedades eléctricas y de las propiedades vitales de los nervios y de los músculos. En todo tejido deben existir evidentemente corrientes eléctricas más ó menos intensas, lo mismo que en toda sustancia viviente, por el mero hecho de que éste es el sitio donde há lugar un movimiento incesante de combinaciones químicas, de oxidaciones, de reducciones, etc. Pero entonces, ¿qué razón dar de la intensidad particular de esta corriente en los nervios y en los músculos?

Admitir que esta intensidad únicamente depende del desprendimiento de elementos anatómicos en el tejido nervioso y en el muscular, no parece fuera de razón. Tienen, efectivamente, el carácter muy claro de ser extremadamente largos con relación á su diámetro transversal, están colocados paralelamente y, en fin, manteniéndose perfectamente aislados los unos de los otros por sustancias interpuestas que gozan de propiedades físico-químicas diferentes. En el nervio, el cilindro-eje está rodeado de una vaina de mielina (puede ser continua en el curso de la vida), y en todo caso, de una vaina de Schwann continua. En el músculo, las fibrillas contráctiles colocadas en el seno de una sustancia amorfa, están igualmente rodeadas como ésta de una vaina muy delgada de miolema. Tratando de hallar la *relatividad* de los fenómenos eléctricos de los músculos y nervios, se llega á la consecuencia de que está en relación con los caracteres morfológicos del tejido. Desde luego que existen las mismas corrientes, pero se puede decir que ofrecen una intensidad especial en los tejidos, cuyos elementos afectan á la vez una figura prolongada, una disposición paralela y un aislamiento manifiesto. Se debe admitir que las energías individuales que posee cada elemento,

siendo del mismo sentido, se suman en una dirección que es precisamente la de las fibras del tejido.

La objeción que se podría sacar de la ausencia de una corriente semejante en el tejido de los tendones, no parece decisiva. A la verdad, este tejido está formado de fibras paralelas; pero además de que su composición química y la actividad poco intensa de su movimiento nutritivo no son quizás favorables á la manifestación de una fuerza electromotriz de consideración, se notará también que en el tejido tendinoso formado por haces anastomosados entre sí, las fibras no ofrecen las mismas condiciones de aislamiento. De la misma manera se explicaría, en caso de necesidad, la debilidad tan notable de la corriente muscular del tejido cardíaco, acerca de la cual ha llamado hace poco la atención M. Engelmann, quien la atribuye á la insignificancia del elemento muscular, representado aquí por células que tienen un diámetro longitudinal apenas predominante y dispuestas en masa: desde luego los elementos musculares interesados por la sección serían siempre muy cortos, y se les comprendería en la condición habitual de los otros tejidos. Sin dudar de esta disposición histológica, parece que se puede explicar igualmente la débil intensidad de la corriente cardíaca por la ausencia de asimilación de miolema, y por consiguiente, de esta condición de aislamiento de que hemos hablado. Cualquiera que sea la explicación definitiva de la debilidad de la corriente cardíaca, resultará siempre que la condición morfológica del tejido queda siendo un factor importante de esta fuerza electromotriz desarrollada en el tejido de los músculos y de los nervios.

III

Si se discute todavía sobre el origen verdadero de estas corrientes, sobre su preexistencia en el órgano intacto, ó sobre su aparición como consecuencia del traumatismo necesario para recogerlas, todo el mundo está de acuerdo acerca del segundo fenómeno de que hemos hablado, fenómeno tan preciso como inexplicado en el estado actual de las ciencias, y que es conocido con el nombre de *electrotonus* ó estado electrotónico de los nervios. Cuando se pone un nervio en contacto con dos electrodos y se hace pasar por él una corriente, se observa bien pronto una modificación profunda en el poder

conductor del nervio, que está disminuido ó aumentado, según que se aproxima ó aleja de uno de los electrodos. El experimento puede ser variado de mil maneras, y el resultado siempre será el mismo. No puede negarse que el descubrimiento del *electrotonus* de los nervios tenga una gran importancia por su singularidad misma; pero el fenómeno que este descubrimiento evidencia, ¿tiene hasta hoy alguna influencia en los adelantos de la biología? ¿nos demuestra algo sobre las funciones de los conductores nerviosos? La esterilidad de los esfuerzos hechos para obtener nociones positivas del modo de actividad de los nervios, prueba que este fenómeno es para nosotros, por hoy al ménos, una curiosidad fisiológica, sin tener relación alguna con lo que sabemos del papel funcional normal del sistema nervioso periférico.

Hablando del *electrotonus*, M. Rosenthal confiesa, con una franqueza digna de todo encomio, que, en el estado actual de nuestros conocimientos, no podemos comprender todas las modificaciones que se producen en el nervio recorrido por una corriente eléctrica: estaría más en lo cierto si dijera que no comprendíamos ninguna. Mas, por el contrario, se nota muy bien la sensible influencia que han tenido los estudios á los cuales ha dado lugar el *electrotonus*, sobre la fisiología del sistema nervioso. Se ha indagado la explicación del fenómeno extraño que se tenía á la vista; y como esta explicación no correspondiese á nada conocido, se la ha imaginado, y después se ha tomado esta explicación imaginaria por la realidad.

Esta confusión de tomar lo imaginario por lo real, parece, no consecuencia de un error verdadero, sino de un consentimiento tácito. Casi se ha concluido por mirar como una noción exacta sobre la constitución molecular de los conductores nerviosos lo que al principio no había sido para M. Du Bois-Reymond mas que una hipótesis explicativa de los fenómenos que presentan; diríase que de todas partes se fueron abandonando á este error con verdadera complacencia. Es exactísimo que se obtiene una relación suficiente de las perturbaciones del nervio en estado electro-tónico, si se supone este nervio formado de moléculas que gocen de propiedades electromotrices y polarizadas según su misma longitud, como lo serían unas agujas imantadas suspendidas de extremidad á extremidad en el plano del meridiano magnético.

Es exactísimo que semejante sistema fun-

cionará, bajo el punto de vista de la electricidad, de un modo parecido al nervio funcionando bajo el punto de vista de la conductibilidad nerviosa; esto es incontestable, pero no puede ser suficiente para asemejar fenómenos tan distintos. Los fisiólogos del último siglo creían por muchas razones en una asimilación entre el llamado *fluido eléctrico* y el *nervioso*. Esta teoría venía á reemplazar á la de los *espritus* de Descartes. Las palabras han cambiado una vez más con el progreso de nuestros conocimientos; el pretendido «fluido» ha dejado su lugar á las *partículas electromotrices*; pero en el fondo la confusión sigue, y la obra de los fisiólogos, que son las víctimas voluntarias de ella, será tan estéril para los adelantos de la neurología como la de los contemporáneos de Haller.

IV

El menor resultado de esta fe singular en la importancia de la corriente eléctrica, y sobre todo del *electrotonus*, ha sido desviar demasiado la atención del tejido productor de la electricidad por excelencia, que se encuentra en algunos peces, y desviarla igualmente de un gran número de otras manifestaciones eléctricas que nos ofrecen los animales y las plantas, como si se hubiera temido encontrar en su estudio algún hecho en contradicción con las leyes ya establecidas. Por esta razón se han abandonado demasiado muchos fenómenos eléctricos de bastante importancia que se han presentado en las glándulas, las hojas de *Dionæa*, etc. Y en efecto, tan pronto como se quieren reunir todos estos diversos fenómenos eléctricos, las contradicciones abundan: así, el *electrotonus* no existe en los músculos. El órgano eléctrico de los peces, que la anatomía aproxima á los músculos, se vuelve eléctricamente activo cuando está excitado, mientras que el músculo en acción (si se admite la doctrina de la preexistencia) pierde su estado eléctrico, ofreciendo entonces lo que se llama la *variación negativa*: ó bien es el nervio que, perdiendo su estado eléctrico durante la acción, actuaría, sin embargo, eléctricamente sobre el músculo para provocar su contracción. ¡Tal es el extraño caos en que se debate hoy el estudio de los fenómenos eléctricos de los tejidos vivos! No solamente todos se escapan á un análisis exacto por los procedimientos de que actualmente dispone la ciencia, sino que ni siquiera se coordinan entre sí.

En su busca vamos guiados por la casualidad. ¡Dichosos cuando el deseo loable de unir nuestro nombre á cualquier descubrimiento pueda ser dirigido con la seguridad de obtenerle por los fenómenos que se presentan á nuestra vista!

Se limpia una rana, se desorganiza un punto de su piel, sea mecánicamente, sea por el cloruro de zinc; se ponen con las precauciones de costumbre dos electrodos impolarizables, el uno sobre el punto desorganizado, el otro sobre un punto próximo en la piel sana; se obtiene una corriente, se neutraliza ésta por un artificio experimental cualquiera; entónces se provoca en el animal una sensación dolorosa pinchándole la pata ó por otro medio cualquiera, y se obtiene una modificación en la tensión eléctrica entre los dos puntos comparados. Este experimento tan curioso de Engelmann ofrece un interés considerable seguramente; pero ¿dónde está su lugar en las teorías en boga? Él mismo, después de algunos años de intervalo, le ha dado dos interpretaciones diferentes.

Todavía nos falta, para agrupar los fenómenos eléctricos de los tejidos animales, en un conjunto sistemático satisfactorio, hallar la relación que los une entre sí. Este sistema bastaría para juzgar las hipótesis, por ingeniosas que sean, que no se aplican más que á un pequeño número de ellos.

Hé ahí lo que nosotros hubiéramos deseado ver indicado claramente en la obra de M. Rosenthal. Sin dar menos desarrollo al estudio eléctrico de los nervios y de los músculos, podía pronunciarse más explícitamente contra esta extraña asimilación que parece notarse en ciertos puntos de su libro, entre los fenómenos nerviosos y los eléctricos de los nervios.

V

La importancia del libro de M. Rosenthal no hace disminuir el mérito de una obra que reúne preciosas cualidades. Todo lo que se refiere á las propiedades físicas (distintas de las eléctricas) de los nervios y de los músculos, está tratado con maravillosa claridad, lo mismo que las cuestiones complejas de la elasticidad del tejido muscular y de su aumento durante la contracción, la *extensibilidad suplementaria*, etc.

VI

La obra de M. Rosenthal, que tiene una noción clarísima de la anatomía general, pre-

senta graves defectos que deben citarse con el objeto de que no se propaguen en un libro de tanto mérito. Uno de ellos es el que comete el autor cuando, hablando de la sustancia contráctil que llama *protoplasma*, la describe como gelatinosa y granulosa; éste es un importante error de observación muy divulgado; el *protoplasma* es, por el contrario, absolutamente vídrioso, absolutamente hialino; y este mismo carácter tiene en los animales la sustancia contráctil, única á que debe aplicarse por analogía el nombre de *protoplasma*.

Pero donde es más defectuoso el trabajo de M. Rosenthal, es en lo que toca á la estructura de los conductos nerviosos y á sus relaciones con la sustancia muscular. En ningún caso deben ser considerados los cilindro-ejes como conductores simples, porque si no tenemos medios de determinar su naturaleza compleja, sabemos que no tienen en modo alguno el carácter de conductores homogéneos.

Otro error es considerar la célula nerviosa multipolar como la unidad activa de los centros nerviosos, cuando hay que ver en ella una parte anatómica de orden más elevado que el elemento propiamente dicho. El verdadero elemento nervioso central no es otro, según todas las probabilidades, que las células de cuerpo muy reducido, clasificadas por Robin con el nombre de *mielocitos*. Las prolongaciones de estas células agrupadas forman las *prolongaciones protoplásmicas* de la célula nerviosa. Esta haría, pues, el papel de verdadero órgano central, receptáculo de actividades múltiples que en ellas se combinan ó se descomponen, según los casos. El cilindro-eje sería á su vez el conductor de estas acciones combinadas, de que sería fuente la célula nerviosa.

Sólo este modo de concebir las funciones de la célula nerviosa puede hacernos comprender la existencia de células unipolares, que de otro modo nos aparecerían como verdaderos absurdos fisiológicos. Estos puntos, que, en todo caso, exigen nuevos estudios, deben ser indicados para significar cuán indispensable es, en una exposición de las propiedades del sistema nervioso, tener en cuenta rigurosamente los datos de la anatomía general.

ESTUDIOS SOBRE ECONOMÍA POLÍTICA

COLONIZACION

DE LAS DIFERENTES MANERAS DE COLONIZAR

Este asunto, demasiado vasto para tratarlo en un artículo, demasiado importante para que le pasemos sin dedicarle algunas reflexiones, no será de nuestra parte, como no lo fueron el impuesto, la caridad, el crédito y algunos otros, sino motivo de algunas observaciones críticas, sobre los puntos fundamentales que presenta al estudio; advirtiendo que nuestras observaciones se limitarán principalmente á aquellos que, á nuestro juicio, se hallan ocultos aún tras lamentables preocupaciones. Hemos podido observar muchas colonias, y hablaremos como testigos que han procurado observar, y oír observar.

La colonización se intenta ó se verifica de tres maneras generales, esencialmente diferentes: por individuos libres de todo compromiso con emprendedores de este negocio, que se trasportan por su cuenta y riesgo, y que van donde quieren en uso de su indisputable derecho; por emprendedores (individuos, compañías ó gobiernos) que reclutan emigrantes, haciéndoles adelantos, contratándolos por más ó ménos tiempo, con más ó ménos ventajas ó engaños, mandándolos á un punto determinado, propiedad suya en absoluto ó por concesion condicional, para que trabajen allí, segun la naturaleza del suelo, y el objeto de la empresa; por expediciones militares, y entónces la colonización tiene todos los caracteres de una conquista. En todo caso, la colonización obedece siempre á ciertas condiciones orgánicas, de un orden tan esencial, que la prosperidad y hasta la existencia de los colonos dependen de ellas. Esas condiciones, pésimamente conocidas hasta hoy; apesar de la experiencia que se ha debido recoger, no son, por desgracia, respetadas siempre; y de ahí han procedido muchas veces grandes calamidades, que, despues de todo, no han instruido á nadie.

Excusado nos parece decir que de las tres maneras de colonizar, es la mejor sin contradicción la primera. Un emigrado libre de todo compromiso, se va donde cree que hace falta, y, siendo eso así, jamas sirve de embarazo á la sociedad que le acoge. Esta, si no es con más, acoge con tanto gusto los servicios que

se le ofrecen, como el que tiene el que se los ofrece; la colocacion de éste en su patria adoptiva se verifica, pues, en las mejores condiciones posibles. Si se engaña en sus previsiones, lo cual sucede con frecuencia, nunca le falta medio de atender provisionalmente á su existencia en tanto que se le proporciona cambiar de direccion, ó volverse á su país. En todo caso, su error, aunque le ocasione las más funestas consecuencias, no puede dar lugar á ninguna calamidad pública. La colonización libre individual puede compararse á un aguacero regular que se deja embeber lentamente por la tierra, sin llenar en demasía los canales por donde corre, ni mucho ménos hacerlos desbordar.

La segunda manera de colonizar es ya cosa muy diversa: los emprendedores tienen comunmente en mira el llevar brazos adonde faltan, y es de suponer que tienen razones suficientes para creer que hacen falta, en efecto, allí donde quieren llevarlos. Sin embargo, es lo cierto que se engañan muchas veces; la trata de negros ha sido una de las formas de esta clase de colonización, y la ha deshonrado; pero no por eso se puede afirmar que no sea hoy la dominante, aún en los países donde no existe el trabajo servil en principio; porque lo que se llama *compromisos voluntarios* de trabajadores para todos los países donde ha existido la esclavitud, no son generalmente sino una trata más ó ménos disfrazada. Hay errores que, por haber prevalecido durante mucho tiempo en la economía de las sociedades, son como ciertas enfermedades físicas, que no se las puede hacer desaparecer en un día.

No hablaremos de la colonización por vía de conquista; su carácter exclusivamente político nos conduciría á consideraciones que no caben en nuestros estudios.

CONDICIONES NECESARIAS PARA QUE PROSPERE UNA COLONIA.

Para que una colonización prospere, son necesarias dos condiciones: que los colonos estén satisfechos, y que su existencia no sea onerosa al país colonizado. La colonización por emigración libre é individual lleva siempre esas dos condiciones, puesto que, en otro caso, no tendria lugar; pero no sucede lo mismo respecto á la colonización por empresa, y por eso fracasa con frecuencia.

Los colonos se muestran, ó deben mostrarse satisfechos cuando, hallándose en mejo-

situación que en su país, están convencidos de que su patria nueva no puede ofrecerles mayores ventajas; su existencia, por otra parte, no es onerosa al país colonizado cuando lo que producen es, por lo ménos, igual á lo que consumen.

Difícil es que se cumpla la primera de esas dos condiciones, porque todo colono tiene necesariamente mucho de aventurero, y no es la constancia la cualidad que forma la base de su carácter. Las ilusiones que se forja continuamente por ese mismo carácter, le hacen desear un cambio de situación, lo cual es naturalmente hostil á los intereses del empresario, y éstos, á quienes no puede ocultarse tal estado relativo, están dispuestos á su vez á oponerse por cuantos medios puedan, por odiosos que sean. La esclavitud moderna no reconoce otra causa racional que el temor de los empresarios, ó propietarios, de sufrir la desaparición de sus operarios cuando mayor sea la necesidad de sus servicios. Ante esta consideración (de un orden secundario) las sociedades modernas han hecho doblegarse el principio fundamental de su existencia, sobre el cual se apoya toda su economía y la justicia que es su alma—la libertad del trabajo. Así que, dígame cuanto se quiera, los países de esclavos son siempre pobres y miserables; y eso se comprende con facilidad, reflexionando que el trabajo servil es muy poco susceptible de perfección en su elemento esencial, el obrero. En tanto que la tierra es el elemento que tiene más parte en la producción, puede ser posible el esclavo; pero es oneroso, é imposible por consiguiente, cuando la industria ha adquirido cierto progreso, cuando sobre todo, á consecuencia de su desarrollo, cuesta caro el esclavo, al mismo tiempo que produce mal. Persistiendo en conservar tan detestable régimen, no se consigue otra cosa que dificultar los progresos de la sociedad que admite tal deshonor. Vemos, pues, que la esclavitud moderna y la protección reconocen un mismo origen—el egoísmo.

No es sólo la inconstancia la causa del descontento de los colonos; la codicia de los emprendedores entra por mucho en ese descontento. ¡Cuántas veces no se han determinado á emigrar muchos trabajadores, haciendo brillar á sus ojos el cebo engañoso de un salario nominal muy superior al que ganaban en su país! Y, aún cuando ese nuevo salario fuera realmente mayor, ¿era lo que correspondía á la justa remuneración de su trabajo?

No por cierto. La justa remuneración del trabajo la señalan los arreglos generales de la sociedad; y, apesar de no tener los colonos una conciencia bastante clara de esos arreglos, están profundamente convencidos de que se les engaña, esto es, que no se les paga cuanto esos arreglos señalan. Se les engaña, en efecto, y desde el momento que no pueden dudar ya, rompen en su pensamiento el compromiso que se les había hecho suscribir abusivamente, pareciéndoles buenas todas las ocasiones para efectuarlo, aún engañando á su vez al emprendedor que les ha hecho adelantos.

La inconstancia de los colonos europeos y sus exigencias, hacen que se prefiera á los asiáticos, más dóciles, y sobre todo ménos imbuidos del sentimiento de igualdad, del cual se quiere que carezcan las clases trabajadoras donde la esclavitud ha predominado; pero no se tarda en comprender el error de esa preferencia, cuando al terminar esos llamados compromisos voluntarios, se encuentran en tales países con muchos extranjeros libres, profundamente viciosos, apesar de su docilidad pasiva, sin dignidad de espíritu, sin educación ni costumbres análogas á los habitantes naturales del país. Sin duda que por hoy no es posible que los colonos europeos reemplacen en todas partes los trabajadores serviles; pero tampoco cabe duda que serían infinitamente más útiles en general á la civilización en California, Perú, Colombia y otros puntos, que los indios y los chinos.

La segunda condición indispensable á la prosperidad de toda la colonia, no es más fácil de llenar que la primera, aún cuando falten los brazos, como presupone el emprendedor; cuando éstos son malescogidos, la empresa fracasa lo mismo que en el caso anterior. Los agentes encargados aquí ó allá de remitirlos ó engancharlos se preocupan más del número, elemento del cálculo que fija su comisión, que de sus aptitudes, elemento del buen éxito de la colonia. Las principales condiciones de todo colono son: la juventud, la robustez, y cierta energía moral para triunfar de la laxitud que acompaña de ordinario á la expatriación, y estas cualidades son poco comunes en emigrantes con semejante motivo. El que se trasporta con su familia, experimenta quizás desde luego ménos laxitud que otro que va solo; pero cuando es desgraciado sufre, por decirlo así, en cada una de las personas de toda su familia, y entonces desfallece más que el solitario.

Sin embargo, la inconstancia de los colonos, y la incapacidad codiciosa de los emprendedores, producen ménos males, relativamente, que los errores del espíritu de sistema engendran en esta materia. Los colonos inconstantes ó engañados, pueden cambiar de residencia, y ser mucho más útiles, como lo son comunmente, despues de haber roto el compromiso que habian contraído inconscientemente. Incapaces muchas veces para desempeñar las funciones que les exige la empresa, dejan de serlo de ordinario para desempeñar otra, elegida por ellos libremente; pero los errores sistemáticos no se remedian con facilidad jamás; y esto tanto ménos, cuanto que los cometen, generalmente, gobiernos ó compañías poderosas, disponiendo de medios considerables que dan á los males proporciones calamitosas. Procuraremos manifestar la causa de esos errores, y las consecuencias á que conducen.

¿POR QUÉ LAS GRANDES EMPRESAS DE COLONIZACIÓN NO LOGRAN EN GENERAL SU OBJETO?

Es opinion muy general que basta un suelo fértil para que pueda prosperar la colonia que lo ocupe; y si cuenta con agua abundante para riego, y confina con el mar, no hay maravilla que no pueda realizarse en él, segun esa opinion. Sin embargo, ¡cuántas tierras, colocadas en condiciones tan dignas de envidia, se hallan desiertas! La opinion que juzga así, lo hace dominada por el espectáculo de los hechos puestos á su vista por una civilizaci6n adelantada, sin tener en cuenta las circunstancias que han precedido y preparado nuestro estado social; circunstancias por las cuales debe pasar con mayor ó menor rapidez toda sociedad.

Hemos oido deplorar muchas veces la soledad de las magníficas comarcas del interior de la América, de la del Sud sobre todo. Allí, se dice, podrian vivir en la abundancia cientos de millones de habitantes; vivirán quizas, andando los siglos, no cientos, sino millones de millones; no creemos que eso sea imposible; pero hoy por hoy, morirían infaliblemente algunos cientos de desgraciados á quienes se obligara á establecerse allí ántes que se desarrollen las condiciones necesarias á su existencia. Si la fertilidad del suelo bastase por sí sola para que prosperaran las colonias, ¿por qué los pueblos que han colonizado el Nuevo-Mundo, se han establecido y conservado obstinadamente alejados de las fertí-

simas regiones bañadas por el Amazonas y sus millares de afluentes, regiones que no esperan, se dice, sino la presencia del hombre para colmarlo de abundancia? ¿Por qué en el Perú, por ejemplo, en donde ese rio recorre más de 500 leguas, se han fijado los españoles preferentemente en sus costas desoladas, en las cuales el verdor es un lujo tal, que no es permitido gozarlo sino en alguna maceta de arcilla, como las que se colocan en Europa en los corredores de las casas? ¿Qué demencia mayor en hombres que piensan y calculan, que la de establecerse en una playa tropical, como Payta, Islay é Iquique, y como otras muchas en las costas del Perú, de Bolivia, y áun de Chile, cuando tenian á su disposici6n, y á pocas leguas en el interior, las comarcas más fértiles y deliciosas de nuestro planeta quizas? Esos hombres, sin embargo, ni tenian ni tienen nada de dementes; viven donde se les presentan las mejores condiciones de existir en el país que habitan. Hé ahí todo el secreto de su economía.

Para que el hombre pueda vivir, es de toda necesidad que se cumplan ciertas condiciones económicas. Si se contenta como los pájaros, de algunos granos para alimento, y con un árbol para abrigo, podria vivir en el interior de la América del Sud, de igual modo que los millones de aves que pueblan aquellos bosques solitarios. Si, como los salvajes, se contenta con ciertos frutos, insectos, peces y caza, y con una gruta, también podrian vivir algunos, pero pocos. Pero si aspirase á más; si, sobre todo, quisiese vivir en sociedad con muchos, de ningun modo podrian permanecer allí, porque nada hallarian preparado para recibirlos, y se pasará todavía mucho tiempo, segun se presentan las cosas, sin que nada se haya preparado, ni para ellos ni por ellos, para hacer aquello habitable.

La América del Sud está habitada por indígenas extraordinariamente sobrios, que no ocupan, por cierto, las comarcas más fértiles, y por criollos, cuya existencia depende esencialmente del comercio exterior. Los criollos, con algunos europeos, en pequeño número relativamente, se hallan agrupados alrededor de las minas, cuyos productos son generalmente exportados, á cambio de otras mercancías; alrededor de algunos establecimientos industriales, destinados de igual modo, en general, al consumo de los extranjeros; en fin, alrededor de depósitos de mercancías, establecidos por extranjeros

tambien. Esas agrupaciones no podrian vivir en otras comarcas, sino como viven los indios y los salvajes; así que no manifiestan deseos de cambiar de residencia, apesar de los encantos tan ponderados, y con razon, que les ofrece una naturaleza virgen, y de la inagotable fecundidad de sus primeros amores con el hombre laborioso.

Puede verse, pues, con claridad, por lo que vamos indicando, que para establecer una sociedad nueva, es indispensable contar, ante todas cosas, con el constante auxilio de otra ú otras antiguas. De otro modo, no sería posible su desarrollo, á no volver á empezar de nuevo ese innenarrable génesis de los primeros hombres, cuyo solo pensamiento colmaria de espanto á todo corazon civilizado; de otro modo, veria agotadas bien pronto todas sus provisiones, vestidos y herramientas, sin poder renovar nada, y no podria continuar en manera alguna su obra comenzada, ni podria esperar auxilio alguno. Llegado ese caso, la exuberante cuanto inútil vegetacion tropical, de la cual se habia empezado á triunfar, recobra silenciosamente su dominio menospreciado, y hace que perezca allí la naciente civilizacion con sus temerarios hijos, bajo los irresistibles y apretados abrazos de una fecundidad tan extremada, que se convierte en gran calamidad en tales circunstancias.

Para que una colonia pueda renovar sus provisiones de toda especie, es necesario que sostenga incesantes relaciones con alguna sociedad antigua cualquiera; es preciso que, en cambio de instrumentos de trabajo, de vestidos, quincalla y mil otras cosas, en fin, que los colonos no pueden producir, y de las cuales no se privarian, á no resignarse á vivir la vida del salvaje, cedan á la sociedad que los provee otros artículos producidos por ellos; pero para que estos artículos sean aceptados, es preciso que sean preferidos á otros de la misma naturaleza; es decir, que sean mejores ó más baratos proporcionalmente, porque la sociedad antigua que debe consumirlos, no los ha estado esperando para satisfacer sus necesidades; mas como estos productos, de ordinario, si es que no necesariamente agrícolas, son de transporte difícil y costoso, no deben recorrer grandes distancias para poder hacer la concurrencia; y en todo caso, es preciso buenos caminos para trasportarlos.

¿Es, pues, de admirar que hayan abortado tantas empresas de esta clase, cuando

es necesario para que prosperen que se hallen en tantas condiciones, y tan difíciles de reunir? A todo esto es preciso añadir que para colonizar se han escogido generalmente tierras inapropiadas, olvidando que es un hecho bien establecido, y perfectamente comprensible, que la apropiacion del suelo se ha extendido generalmente en los países civilizados más allá de los límites en que su beneficio es ventajoso. Esta sola circunstancia hace casi imposible toda colonizacion del género de las que emprenden los gobiernos y las grandes compañías.

Rara vez se ha logrado colonizar tierras apropiadas incultas, por la sencilla razon de que no se les cultivaba porque no ofrecia ventajas su cultivo. Se habla mucho en Europa, y con poco acierto, de la ignorancia é indolencia de los indígenas americanos; la verdad es que muchas empresas europeas han abortado donde subsisten y prosperan relativamente esos perezosos indios tan calumniados como desconocidos.

En resumen: son necesarias cuatro condiciones para que puedan prosperar, existir siquiera, colonias del género que se proponen, en general, así los gobiernos como algunas grandes y poderosas empresas: 1.ª colonos jóvenes, robustos, pacientes, enérgicos, y en cuanto posible sea, habituados á los trabajos agrícolas; 2.ª un suelo, no sólo fértil, sino que no ofrezca ni grandes dificultades, ni muy grandes dispendios meterlo á cultivo; 3.ª mercado ó mercados próximos, con buenos caminos desde ellos á la colonia; 4.ª en fin, una produccion ménos costosa que la que provee aquellos mercados. Cuando se llenen esas condiciones, es segura la prosperidad de la colonia; en caso contrario, es seguro, es infalible su fracaso.

Al paso por el Brasil, todo europeo de alguna importancia, de alguna educacion científica ó artística, visita alguna vez la colonia alemana *Petropolis*. Jamas colonia ha reunido, en apariencia, condiciones más felices: en un país donde las tierras bajas son muy calurosas é insanas, *Petropolis* se halla situada en un terreno elevado y llano, y su clima es á la vez templado y favorable á la salud; la tierra es generalmente fértil, bien regada, cubierta de bosques de toda clase de árboles, y abundante en canteras de granito, á la vez que se hallan en ella carreteras en todas direcciones, extendidas hacia el interior, y Rio-Janeiro, que es la ciudad más floreciente de la América del Sud, á sólo doce

leguas de distancia. Para ir á esta capital los colonos de Petropolis, no tienen, por decirlo así, que hacer sino dejarse resbalar dulcemente por la rampa regular de una carretera monumental, que se sube al galope en cómodos y elegantes carruajes; al pié de la montaña (no hay para qué hablar del esplendor del paisaje que se tiene á la vista al descender) los espera un camino de hierro; y, al desembarcar de él, en el puerto mismo, un vapor para conducirlos, al traves de la incomparable rada de Rio, hasta el centro de la ciudad.

Pues bien: apesar de todo, esa encantadora colonia está léjos, muy léjos de realizar las esperanzas que se habian concebido. Un fastuoso capricho del emperador D. Pedro (y de ahí su nombre) la ha hecho levantar, un interes mal comprendido quizas, porque está situada en un dominio imperial; pero ni el capricho ni la especulacion le han podido comunicar larga vida, y Petropolis se muere. ¡Cosa extraña! dicen la generalidad de los brasileños con gran sencillez, orgullosos, como todos sus compatriotas, con la obra de su soberano. Todo iba á las mil maravillas en la colonia mientras las construcciones; pero, una vez concluidas, ha cesado la actividad y los colonos se desbandan. Estos cándidos intérpretes de las preocupaciones generales respecto á colonizacion, no han comprendido aún que una sociedad nueva, que no tiene en sí misma razon suficiente de ser, es decir, elementos de una industria verdaderamente productiva, debe morir en el momento que la fuerza extraña que la sostiene se retire.

Petropolis, que no tiene otro mercado que Rio, no puede producir tan barato como sus concurrentes Praya-Grande, Botafogo y otros lugares vecinos de la capital brasileña. Sin embargo, esa deliciosa colonia no se muere como un campo abandonado; vive y vivirá, como residencia ordinaria del emperador y de las familias opulentas de Rio; vivirá como han vivido muchos sitios reales en Europa, de la corte; pero como colonia agrícola ha muerto, porque, como tal, no puede alimentar á sus habitantes, á ménos que consientan en vivir á lo indio ó á lo salvaje; y cierto que no han ido allí para eso los vigorosos trabajadores de la Germania, cuya rubia progenitura se ve reposar, quizas de abatimiento de ánimo, á la sombra de cafeteros y plátanos, pensando en su patria querida.

En las provincias de la Plata (Buenos-Aires) ninguna colonia de ese género ha pros-

perado. Si algunas subsisten aún, se debe á los incesantes sacrificios de sus fundadores, apesar del gran número de emigrados que han recibido y reciben sin cesar; pero hoy no van á apriscarse allí como piaras, léjos de los centros de poblacion; por el contrario, van á confundirse en esos centros, cuya potencia económica aumentan, recibiendo en cambio, si no la riqueza, los medios de subsistir. ¿Qué harian en otro caso en esa mar de hierba de las *pampas*, apropiada ya más allá de los límites en que su beneficio es ventajoso, aún criando animales que se trasportan por sus piés al mercado, y á poco costo por consiguiente? Además, allí estarian constantemente expuestos á las destructoras incursiones de los indios salvajes.

Llamando á las *pampas* mar de hierbas ó ó mar herbosa, no cedemos al atractivo puro y simple de una metáfora. Racine, que llamó al mar *plano liquido*, las habria llamado por antítesis *mar sólida*. En efecto, tienen con la mar analogías que hieren con gran viveza la imaginacion: el color sombrío, la inmensidad, el horizonte rectilíneo, la calma imponente, las borrascas espantosas, la soledad y la esterilidad; se recorre fácilmente como la mar, con tal que, como los marineros, se vaya provisto de todo lo necesario, sin olvidar el agua potable, porque hasta eso tienen de comun con el *plaine liquide*, que no ofrecen á los viajeros sedientos sino un agua salobre, insana y repugnante. En fin, ya lo hemos indicado, como en la mar, hay piratas en las *pampas*.

La tierra no es fecunda en ninguna parte sino regada por el sudor del hombre. Las expresiones *poblacion excesiva*, *poblacion insuficiente*, son esencialmente relativas; la poblacion puede ser excesiva y rara, como es muchas veces insuficiente y densa; todo depende de su economía. ¿Para qué colonizar países donde, aunque rara, es suficiente, ó quizas excesiva ya? Se puede colonizar, por el contrario, ventajosamente donde sea densa ya, pero debiendo serlo más. Esto es lo que pasa á nuestra vista todos los dias, puesto que un aumento de poblacion, en el término de diez años, de algunos miles de individuos en la comarca A ó B, debido á la emigracion de otras en su mayor parte, ¿no es por ventura una buena colonizacion? La emigracion de las poblaciones rurales á las ciudades, cuya naturaleza y causas no se han estudiado suficientemente aún, ¿no constituye una verdadera colonizacion?

En la mayor parte de las repúblicas de la América española, la población, dígase cuanto se quiera, es poco más ó menos la suficiente; y la prueba es que no se multiplica de ninguna manera. Lo que falta en aquellos países, apesar de la fertilidad natural de su suelo, es el poder productivo de sus habitantes. No examinaremos por ahora en qué consiste esa insuficiencia; pero sí diremos que, mientras persista, los emigrados europeos hallarán allí con dificultad lo que van á buscar, y los americanos, á su vez, tampoco obtendrán lo que se proponen.

Sólo un progreso rápido, como el de los Estados-Unidos ó Australia, puede dar ocasion á la emigracion en buenas condiciones; porque ese progreso produce una especie de vacío que no puede llenar la población por su multiplicacion propia. Únicamente la importacion de emigrados ó colonos adultos, esto es, trabajadores formados ya, puede colmar ese vacío; y hé ahí por qué la emigracion sin compromiso previo es preferible; se dirige naturalmente donde la reclama el vacío, como un líquido que busca su nivel; en otro caso, perturba el equilibrio económico, produciendo desarrollos anormales, á la manera que las monstruosidades fisiológicas.

Si en los Estados-Unidos pueden los emprendedores agrícolas establecerse lejos de los centros de población, consiste en que, extendiéndose más y más cada día, bajo la acción del progreso, el dominio agrícola, no tarda en comprender los nuevos establecimientos de aquellos empresarios, como éstos habian previsto, siendo el resultado la recompensa de sus esfuerzos y privaciones. En la América española moriría de enfado y de miseria quien se propusiera obtener semejantes resultados.

¿Quereis que la emigracion europea os enriquezca? diríamos nosotros á las repúblicas hispano-americanas. Pues bien, progresad, es decir, dadnos á todos paz, libertad y seguridad. Lo demas os vendrá en mayor escala aún de la que podeis prometeros hoy.

B. ESCUDERO.

VIAJES

DE

EXTRANJEROS POR ESPAÑA Y PORTUGAL

EN LOS SIGLOS XV, XVI Y XVII

(Continuacion.)

Año 1583.

El 22 de Enero dieron de baja en las diez banderas á varios jefes superiores, y los soldados que quedaron en seis banderas (que por este motivo se amotinaron y resistieron guardando su bandera dos días y dos noches), fueron rechazados.

De los coroneles han sido despedidos:

1. Señor conde Nicolas de Lodron.
2. Sr. Carlos Wilhelm de Arzt.
3. Sr. Engelhart Kurz.
4. Sr. Antonio de Lodron.
5. Sr. Priamo.

El 15 de Febrero llegó el Rey á Setuval; tomó su residencia en el gran palacio de la plaza de la ciudad, confiándonos, á nosotros los alemanes de la bandera blanca, su guardia.

El día 16 del mismo, el Rey pasó su tiempo aquí y se fué á caballo á reconocer la nueva plaza fuerte de San Felipe.

El 17 del mismo mes salió el Rey de aquí y se marchó á Castilla; al pasar delante de nosotros á caballo fuera de la ciudad, donde estuvimos formados en orden de batalla, en un momento de silencio, el señor Coronel, junto con los soldados, le entregó una súplica, hablándole al mismo tiempo verbalmente, sobre el medio regalo que despues se quiso descontarnos del florin; los capitanes cesantes y alféreces le besaron la mano.

El 4 de Junio mandó cada bandera dos diputados suyos á Lisboa para tratar la cuestion del valor de los florines con el capitan general.

El 7 de Junio volvieron los diputados sin ninguna resolucion de la cuestion, la cual, ántes de marcharse, confiaron en las manos del señor Coronel que allí se encontró tambien.

El 18 de Junio por la tarde salieron para Setuval las cuatro banderas, es decir, la del señor Coronel, 2.º del conde Nicolas, 3.º de Carlos de Arzt, y 4.º de Engelhart Kurz, mi capitan; de las dos banderas restantes que allí quedaron, se juntaron 100 soldados de cada

una á los demas, y todos llegaron á Azeitona (1), una milla y media de camino.

El 19 del mismo vinimos á Cona, una milla y media distante, donde mandaron bendecir la bandera; por la tarde, embarcados en una galera que estaba cargando madera á una media legua detras de Cona, nos fuimos hasta Lisboa, dos leguas distante. La noche hemos pasado en la galera.

El 20 de Junio nos embarcamos con nuestra bandera en una nave veneciana, llamada *Pogga*, y los 26 soldados ademas se colocaron en el barco del Sr. Arzt.

El 22 del mismo mes, el cardenal Alberto de Austria se fué con dos galeras á Belen, luégo á la armada que inspeccionó.

El 23 de Junio salió nuestra armada del puerto de Lisboa, á cosa de las cuatro ó cinco por la mañana, con un mal viento.

Un navío de *Santa Maria del Socorro* llamado, en que se habia embarcado la bandera española de D. Miguel de Cardona, encalló en Cachopos, y de allí necesitó volver atras.

Sigue la lista de nombres de los primeros personajes que tomaron parte en esta expedicion:

«1. D. Alvaro de Baçan, Marques de Santa Cruz, Commendator Maggior de Lion, Capitan General dell'Armada e del Exercito.

2. Don Lope de Figueroa, Maestro de Campo General con su Tercio.

3. El Conde Hyronimo di Lodron, Coronel de los Alemanes con quatro companias.

4. D. Francisco di Bouadilla con su Tercio.

5. Don Juan de Sandoval, á cuyo cargo está el Tercio de Portugal.

6. Agustin Iñiguez con el Tercio que estuvo en S. Miguel.

7. Dos companias de Italianos á cargo de los capitanes Lucio Pinatelo y fray Vicenzo del Aflito.

8. Una compania de portugueses aventureros á cargo de D. Felix d'Aragon.

9. Don Pedro di Toledo, Marques de Villafraña, Duque di Fernandina.

10. Don Pedro di Padilla.

11. Don Jorge Manrique, Veedor general.

12. Don Cristoval d'Erasso.

13. Mosquera de Figueroa, Auditor general del Exercito y Armada.

Alénde d'estos venian muchos otros caballeros principales hijos di Duques, Marqueses y grandes de España.»

(1) Azenda, villa de Portugal.

Lista de navios, gente de guerra y marineros que sirvieron en esta Armada.

En primer lugar dos galeras napolitanas con 496 esclavos, 188 marineros y 315 soldados.

Luégo doce galeras españolas con 2.212 esclavos y 706 soldados. En la popa de estas galeras se pusieron mástiles para que pudiesen pasar con más seguridad el Golfo de Yeguas.

Más, tres galeones portugueses: 1.º *San Martin*, que sirvió de Capitana; 2.º *San Felipe*, en que se sentó Don Lope; 3.º *San Francisco*. En estos tres galeones hubo 290 marineros y 524 soldados.

Más, dos galeones del Marqués, con 118 marineros y 486 soldados.

Más, trece naves de Guipúscoa y Viscaya, con 871 marineros y 2.745 soldados.

Más, siete barcos de Ragusa con 474 marineros y 2.454 soldados.

Más, cuatro naves venecianas con 229 marineros y 1.258 soldados.

Más, una nave napolitana con 47 marineros y 274 soldados.

Más, dos navios genoveses con 87 marineros y 374 soldados.

Más, tres navios catalanes con 203 marineros y 911 soldados.

Más, una nave y ocho embarcaciones (pataches) de Viscaya con 237 soldados.

Más, cuatro embarcaciones (pataches) de Guipúscoa, con 110 marineros.

Más, quince velugas de Castro, con 311 marineros.

Más, catorce carabelas portuguesas con 148 marineros.

Más, siete barcos con 42 marineros para el desembarco de la tropa (1).

Lista de las provisiones que llevó consigo esta Armada.

Biscochos.	35.500 quintales.
Harina.	380 id.
Vino.	4.900 barriles.
Vino agrio (acaso vinagre).	450 id.
Tocino.	3.520 quintales.
Queso.	1.530 id.
Carne de vaca, salada.	8.855 id.

(1) Conforme á esta relacion, la armada del Rey Don Felipe II contra los portugueses se compuso de 98 galeras, naves, etc., con 16.110 marineros y soldados.

Carne de atun.	26.400	cubos.
Sardinias saladas.	580.000	id.
Arroz.	1.550	quintales.
Habas.	1.500	sacos.
Guisantes.	1.050	id.
Aceite.	3.380	arrobas.
Vinagre.	280	barriles.
Agua.	4.600	id.
Barriles para agua.	7.000	

El 25 de Junio por la tarde tomó el viento fuerza, y en 27 del mismo mes volvió al puerto un navío genoves, *Santa Maria de Costa* llamado, porque se le salió el timon; la gente que tenía se trasladó en algunas carabelas y embarcaciones.

El 6 de Julio, á cosa de las tres por la tarde, llegamos á la isla de San Miguel, dando allí vueltas. Las galeras vinieron allí cuatro dias ántes que nosotros.

El 12 de Julio echamos ancla cerca de la ciudad Punta delgada, mas, por causa de una tempestad, no pudimos quedar allí: levamos, pues, el ancla, y nos dirigimos á Villafranca (una grande y hermosa villa, donde se produce mucho azúcar), en que junto con una nave vizcaina, paramos otra vez. Estacionados allí, pedí permiso á mi capitán, y me fuí al instante á la poblacion, en que pasé la noche.

El 14 de Julio vino tambien la Capitana con algunas naves y galeras á Villafranca, y echó sus anclas.

El 15 del mismo se dirigió el señor Marqués con dos galeras á Punta delgada, y por la noche volvió á la Capitana.

El 16 del mismo, por la mañana temprano, echó algunos tiros la Capitana contra Leva; mas, por causa del viento-poniente, no pudo acercarse á ella.

El 19 de Julio, muy temprano, volvió á tirar la Capitana otra vez contra Leva; por eso salimos de nuestro lugar á las cuatro ó cinco de la mañana. Soplando, sin embargo, un viento poniente muy fuerte, nos contentamos de dar vueltas alrededor de esta isla.

El 21 del mismo, por la tarde, el viento se calmó, y por la noche dió más fuerte de «mezo giorno».

El 22 de Julio, al anochecer, llegamos á la Tercera (1).

El 23 de Julio dimos vueltas por la costa de la isla, cuyos habitantes desde sus bastiones y fuertes lanzaron algunos cañonazos

contra nuestra armada. Por la tarde ancló la Capitana en la direccion de Praya, y más arriba de la villa de San Sebastian, adonde mandó el marqués á un soldado con un trompeta, intimando á los habitantes su sumision, otorgándoles al mismo tiempo, y á nombre del Rey, un indulto general; no aceptaron, sin embargo, estas ofertas, y en lugar de dejar bajar á tierra á los diputados, tiraron algunos tiros contra ellos, y los obligaron, sin conseguir nada, á volver á los suyos.

El contenido del Real indulto, es el siguiente:

«Don Alvaro Baçan, Marques de Santa Cruz, Comendador (1) mayor de Leon, capitán desta Armada y exercito real por el Rey Don Felipe nuestro Señor; á todos los moradores y estantes en la Isla Tercera y en las circunvezinas, assí naturales como extranjeros.

»Bien sabeys que S. M. siendo como es sucesor legitimo de los Reynos de Portugal, Indias, Islas, y de las demas partes pertenecientes á su corona y habiendo de ser obedecido por Soberano Rey y Señor natural, algunos destas Islas desviandose de su conocimiento y admitiendo en su companía gentes diversas en naturaleza y religion han conspirado contra la Maiestad Real, incurriendo en crimen læsæ Majestatis divina y humana digno de exemplo y castigo: con todo esto Su Magestad movido de zelo christianissimo, usando de su acostumbrada clemencia por servicio de Dios nuestro Señor, y por evitar efusion de sangre, considerando que cada dia crece la obstinacion y deservicio que á Dios se haze y que es negocio que incumbe alla Real conciencia la brevedad del remedio, por quitar delante de nuestros ojos un vivo exemplo de desobediencia, aviendo procurado por todas las vias posibles el remedio, y agora ultimamente usando de suma benignidad, Su Magestad concede y haze grazia á todos los vezinos y estantes en la dicha isla y las demas de perdon general otorgando juntamente con las vidas seguridad de bienes, y assegurando de mas desto que non seran dados á saco por ninguna manera, antes seran amparados en sus comercios y sossiego; con tal que sin hazer resistencia alguna se quieran rendir y subietar á su obediencia como a Señor y Rey natural, admitiendo y dexando

(1) Isla.

(1) Conservo la ortografía del original, con enmiendas de algunos vocablos transformados, que sin correccion quedarian acaso incomprensibles.

desembarcar en tierra toda la gente que viene en esta real armada, y demas desto en nombre de Su Magestad offrezco, que á todos los franceses y á los demas estrangeros que quisieren salir libremente con sus haziendas, armas y banderas, les dare desembarcation, si de su voluntad quisieren entregar los fuertes que en su poder tuvieren, dexando llanamente la dicha Isla. E yo el dicho Capitan General en nombre de S. M., por su real palabra prometocumplir y guardar este edicto público en todo y por todo, con protestacion, que non cumpliendo y obedeciendo lo en el contenido, perseverando en su dura ostinacion, yo, por el poder que S. M. en este caso me concede, desde luego los declaro por enemigos rebeldes contra su Rey, y como traydores les protesto que los daños públicos, castigos, muertes y destrucciones que se hizieren sobre todos los que no acudieren á dar la obediencia á S. M., non sera á cargo de la Magestad real, ni á cargo mio, sino á culpa de los tales rebeldes, y para iustification desto, y confusion de su maldad y perpetua deshonra, les hago este mandado. Hecho en el Galeon Capitana desta Armada, á 23 de Julio 1583.»

El 24 de Julio hizo calma; no pudiendo echar ancla el dia anterior junto á la armada, tiramos dos cañonazos; á esta señal acudieron tres galeras, y nos llevaron á otra armada. Lo mismo ocurrió con una nave que estuvo aún más lejos que nosotros, y que remolcaron tambien otras tres galeras. En esta fecha mandó el General dos portugueses á la ciudad, con objeto de conferenciar con sus habitantes: se fueron, pero no volviendo más, se mandaron algunas galeras detras de ellos, para recoger noticias; mas fuera porque el barquillo en que se fueron los diputados naufragó en la costa de la isla, no se han podido conseguir otras noticias.

Al anochecer, la mayor parte de las naves hizo una salva de cañon, á la cual el enemigo desde sus reductos nos contestó, regalándonos ademas algunos tiros, que intencionalmente dirigió contra nosotros.

El 25 de Julio se trasladó la mayor parte de la gente, y especialmente los cañones de los mayores navíos, á los barcos apropósito y á las mayores embarcaciones y carabelas, que ántes servian de puente sobre el Prova. De nuestra nave pasó el furrier con cañones y treinta soldados de doble sueldo (1), al navío del Teniente Coronel, donde recibieron

las consiguientes órdenes, y la bandera con veintiun soldados, y entre ellos mi seccion, tomaron plaza en la carabela portuguesa, en que pasaron la noche. El resto de la gente quedó aquella noche en la nave.

El 26 de Julio, por la mañana, á cosa de dos ó tres horas ántes de amanecer, mandó el General dos galeras á la villa de Praia (1) (un terreno bajo y apropósito para el desembarque; y por lo mismo, muy bien guardado), para hacer allí alarma con cañonazos sin cesar, y convencer al enemigo de nuestra intencion de entrar á fuerza por aquel punto. Mientras se estaba ejecutando esta disposicion, el General con otras galeras provistas perfectamente de sacos de lona, cuerdas y tablas, se dirigió por encima de la villa de San Sebastian hacia el puerto de las Muelas (donde el terreno está algo bajo, sin bastiones, y sólo atrincherado), contra toda esperanza del enemigo, y empezó á bombardear el país desde todas sus galeras con vigor, durante una hora, desembarcando al mismo tiempo en lanchas, de tres á cuatro mil hombres, que tenian que luchar con unos doscientos franceses que allí se encontraron atrincherados. Despues de más de una hora de obstinada lucha, los franceses fueron por fin rechazados hacia la montaña, en direccion de la villa San Sebastian, donde en un pequeño fuerte, reforzados de la parte de Praia y otras localidades, quedaron refugiados.

Los nuestros se apoderaron enseguida de dos montañas (una de ellas á la izquierda, muy alta, con una campana encima), entre las cuales estaban las trincheras, y sitio que ocupamos. Entretanto, desembarcó tambien el resto de tropa, y formó dos campos de tropa en batalla. Los alemanes formamos la derecha, y los españoles la izquierda; delante de estos campos, en los fosos y detras de las murallas que separan el campo uno de otro, se colocaron unos cuatro mil hombres, que sostenian durante todo el dia escaramuzas sin cesar con el enemigo. Se nos trajeron tambien cinco cañones á cámara, que se tomaron de las galeras, y que nos sirvieron poco. El enemigo, que formó reductos alrededor de la montaña, y organizó un pequeño fuerte, nos enviaba balas de cuando en cuando, con los quince gruesos cañones que poseia. Por la tarde se puso tambien en orden de batalla, y bajó algo de la altura de la montaña, llevandó delante tres grupos de bue-

(1) Cada uno acompañado de su criado.

(1) Villa de la Playa.

yes (parecian unas 1.000 cabezas). Comprendimos al instante su intencion (como lo manifestó poco despues), que fué echar contra nosotros los animales, romper nuestras filas, y luégo caer sobre nosotros. Previsto el caso, recibimos órden, alemanes y españoles, de abrir las filas, dar libre paso á los bueyes sin molestarlos, herir ó asustar, para que corriesen unos tras otros, y luégo volver al instante á nuestro órden, para recibir y resistir al enemigo.

Toda la noche hacian los españoles (preocupados de los bueyes echados contra nosotros, ó de una sorpresa y ataque por el lado del mar) una alarma interminable, gritándonos: «Guarden las vacas; pase la palabra». A medianoche, nuestro enemigo tiró tres cañonazos, uno tras otro, con sus gruesas piezas contra nosotros, sin ocasionarnos ningun daño. Sin embargo, otros tiros aumentaron nuestra desconfianza, porque comprendíamos que nuestro enemigo se propuso darnos á entender que se mantenía todavía en su fuerte, para atacarnos de improviso por otra parte. Supimos luégo que la mayor parte de la gente, incluso los campesinos con sus bueyes y su haber, todos se separaron del campo; los franceses con sus dos banderas se retiraron tambien á las montañas; un dia ántes se componian todavía de unos diez mil hombres. Por la mañana se nos dió otra vez por santo «Santa María», porque creíamos cierta una batalla inminente.

El 27 de Julio al amanecer, los que no se marcharon, quedaron allí completamente quietos, y apostados detras de la elevacion, y no se podian ver; por esto nos figurábamos que todos se fueron ó retiraron á otro lugar. Entretanto, los españoles, que un dia ántes formaban un solo cuerpo, se dividieron en tres; una division de ellos ocupó nuestra derecha, y los dos restantes apoyaron nuestra izquierda. Recorriendo nuestros refuerzos españoles que estaban en avanzada toda la montaña para cerciorarse de su estado, el enemigo, ya de antemano preparado y apostado, empezó con valor á disputar el paso á los nuestros, y entónces dimos un movimiento general de avance, con intencion de librarle una batalla. Al ver nuestras fuerzas, nos tiró un tremendo cañonazo y mató á un español de Estado que se encontraba á la derecha de la bandera, y cumplido esto, con prisa huyó; le seguimos en órden de batalla hasta la villa de San Sebastian, donde (retirado á las

montañas) nosotros todos, y los de todas las naciones que estábamos allí, reposamos; porque es un lugar de muy buenas y frescas aguas, y las mejores en toda aquella isla; mas en la poblacion no hemos encontrado ni una sola alma viviente. Luégo, y en órden de marcha, nos fuimos hasta Angra (capital de la isla), tres millas distante, con todas nuestras fuerzas. Tuvimos presente que el enemigo hubiera podido llegar allí el primero, ocupar el fuerte y reforzarse de nuevo. Durante nuestra marcha, hacia un calor terrible, que debilitó á mucha gente de los nuestros, sofocó á varios de sus armadores, y entre ellos á un noble suabo, Hans Pirminius Stor, mi íntimo amigo y hermano, que hemos enterrado despues en el convento de Franciscanos de Angra. Al entrar en la ciudad, no encontramos en las casas á nadie, ni á los naturales ni á los franceses; todos se refugiaron en parte á las montañas, y en parte á las iglesias, llevándose consigo lo mejor que poseian. Una señora de alta clase, doña Violante de Selva, que prestó mucho auxilio á D. Antonio, se refugió en el convento de Santa Clara, en el que D. Pedro de Toledo la mandó vigilar.

El fuerte de San Sebastian, en la proximidad de la ciudad de Angra, hallamos tambien abierto y sin un solo hombre de sus defensores. La ciudad sufrió inmediatamente nuestro saqueo, y de las prisiones que abrimos consiguieron su libertad muchos presos españoles y portugueses. Nuestra armada se apresuró á entrar tambien en el puerto, en que catorce carabelas y diez y seis naves algo mayores, y entre ellas un galeon inglés, que se encontraron allí, fueron saqueados; el general nos permitió tres dias de saqueo y de botin. Guardando, sin embargo, nuestro enemigo, otra vez reunido y reforzado, algunos fuertes en el interior, se ordenó despues que á nadie sin autorizacion de la superioridad se permitiese salir del campo, construido entónces de siete banderas, cinco españolas y dos alemanas, y de las cuales una constantemente tenía la guardia del cuartel general.

En esta misma fecha cogieron presos á algunos monjes por haber tomado parte en la lucha, unos á pié y otros á caballo, segun un relato de un arcabucero, y los llevaron á las galeras; entre ellos hubo un predicador, del que se dice lo siguiente:

«Que fue a Francia y pedia socorro á la Reyna madre para esta Isla, y que ella por medio del Duque di Xierto y del Abad de Galdaria y otros que esfuerçan las cosas de Don

Antonio, embio 1500 franceses con Monsiur de Xatre, caballero de la órden de San Juan, gobernador de Diepa primo hermano del Duque de Xierto, cuñado del Rey de Francia, losquales llegaron á esta ysla á 22. de Junio deste año de 1583, y que el intento dellos era, querer apoderarse destas yslas, y reforzarlas con navios, para impedir el trato y comercio de las Indias.

»Que assi mismo fué á Inglaterra, y con él Antonio de Vega vezino de Lisboa, y la Reyna non quiso darles ninguna ayuda, (solamente consintio que pudiesen tomar navios, municiones y artillería por sus dineros:) aunque les ayudava el Conde d'Este, y el Secretario Zingló, y Ruy Lopez medico judio que fue de Portugal, y que haviendo corrido la costa d'Inglaterra hallaron muchos que tenian gana de se reduzir á la fé catholica.

»Que Don Antonio estaua en Diepa á los 20 de Mayo, y que suele yr á Paris con dos otros criados disfrazado á posar en casa del Abad de Gadaria privado de la Reyna Madre, y que para dar de comer á los que le seguian, estaba empeñado en las Osterias, y deuia muchos dineros a algunos mercadores. Y que al presente quedauan con Don Antonio hasta quinze portugueses cuyos nombres son los siguientes:

»1. Don Antonio de Meneses.—2. Juan Correa de Sosa.—3. Tomás Concerro de Lisboa.—4. Rodrigo de Santarein.—5. Baltasar Limpo, Dean de Coymbra.—6. Constantino de Brito.—7. Diego Botello de Lisboa.—8. Manuel Fernandez de Lisboa.—9. Scipion de Fingereido del Trancoso.—10. Juan Rodriguez de Beja d'Evora.—11. Diego Rodriguez de Setuval.—12. Gaspar Diaz, canónigo de Evora.—13. Manuel de Brito.—14. Hieronymo de Sylva.—15. Antonio de Brito Pimentel.»

El 29 de Julio por la tarde, Don Pedro de Toledo con 2.000 españoles y el Sr. Carlos de Arzt con su bandera y 200 hombres adjuntos de varias otras, se embarcaron en las galeras.

El 30 de Julio se dirigieron las galeras á la Isla Faial, donde entre los habitantes rebeldes habia aún seis banderas francesas.

Los nombres de los capitanes franceses que mandaban son:

1. Capitan Carlo de Burdeos Gascon, cabo de los otros.—2. Capitan Matelin Gascon.—3. Capitan Milet Gascon.—4. Capitan Cognet Frances.—5. Capitan Clos Frances.—6. Capitan Seseffin Frances.

El mismo dia mandó publicar el marqués la órden para que los habitantes y ciudadanos que huyeron volviesen á sus tareas y ocupaciones de ántes, y que los soldados alojados en casas cedieran las habitaciones á todos los que volvieran á sus moradas y quisieran vivir junto con ellos; enseguida se proveyeron y distribuyeron los cuarteles y alojamientos. Luégo prohibió la matanza de los animales para que quedaran al favor de los habitantes, y ordenó se pagara cada cabeza á precio de cuatro ducados (1).

En la misma fecha, viendo los franceses que los portugueses los abandonaban y que no podian contar más con ellos, mandaron al marqués un diputado, Monsiur de Leon, con un trompeta para entrar en negociaciones, y desde entónces en adelante venian y salian diariamente á caballo.

El 31 de Julio se publicó que quienquiera que fuese de los nuestros, si entregase á Emmanuel de Sylva, conde de Torres Vedras, teniente general y gobernador de D. Antonio, se le pagarian 5.000 reales y se le concederia un hábito ó encomienda, sin consideracion de su nacionalidad; si fuera un frances ú otro extranjero del partido del enemigo, se le olvidaria todo, y ademas recibiria del Rey mismo una remuneracion y gracia especiales.

El 1.º de Agosto mandó el marqués publicar un indulto general en el siguiente resumen: Que todo natural ó habitante de la Isla Tercera, sea donde quiera que se encuentre, vuelva á su haber y bienes; porque, si es verdad haber ofendido en varios momentos á S. M. y á su natural señor y sucesor, no siendo ellos solos los rebeldes, sino otras naciones tambien que se sublevaron contra él, S. M. tiene á bien, por su natural bondad, perdonar á todos; se comprenderá tambien en este indulto á los franceses y extranjeros cómplices de los habitantes, si libremente y de buena voluntad abandonan y entregan el fuerte que aún tienen en su poder; se les perdonará la vida y permitirá marcharse con su haber y bienes que tengan, y se les concederá embarcaciones hasta la Francia.

El mismo dia entró en el puerto una nave de nuestra armada que quedó atras.

El 2 de Agosto salió toda la tropa del campamento y se puso en órden de batalla. Por la noche vino á nosotros el maestre de campo de los franceses con algunos otros compa-

(1) Se trata aquí, sobre todo, del ganado vacuno, segun se puede entender en el texto original.

ñeros suyos; los condujeron luégo unos españoles á la ciudad, en que pasaron la noche é hicieron con el marqués la siguiente capitulacion:

«Yo (1) el Marques de Santa Cruz, Comendador Maior de Leon, Capitan General de las Galeras de España e desto felice exercito e Armada di sua Mat, concede á Monsiur de Chatra, e a Monsiur de Scarabac, que en su nombre e de la su infantería francesa a venido con dos Capitanes a trattar *il mezo* lo siguiente a la costumbre de la guerra antigua. Primero, que se dara buena embarcation á los presentes con el dicho Monsiur de Chatra, con las sus vtualias por andar en Franza a la costa de ponente, levando con esso ahora hasta la costa d'España, con que hagano que dexen las banderas, pifanos e tambores rendendoles juntas con las armas, arcabuces, mosquetes, picas, cosseletes, pistoletes, espadas e quello que conviene al derecho de la guerra, e al general Monsiur de Chatra, e al Maestro de Campo, e a los Capitanes, Monsiures e otros gentilhombres e personas que segnalare el dicho general, se daran libremente las espadas.

»Que se les dara quartel a parte del exercito de sua Mat. e se pondran dos corpos de guarda para cada qual para los assecurar in este medio que se embarcano, pues que ha de ser tam luego. Avertiendo que de ninguna manera non embarquen ningun portugues, e ningun castellano al embarcar con traje frances ni de otra manera non los han de cubrir ne recetar; pero declarandose que les sera permitido embarcation con los Italianos, Ingleses e estrangeros que han servido en sus banderas que al presente estan con el dicho Monsiur de Chatra.

»Estando esto assi, Yo el dicho Marques promitto, e me obligo de guardar e de cumplirlo in todo y por todo como aquí se contiene. E les mando dar la presente fermata di mia mano e sigilata con el solito sigilo mio, refrendada del secreto *infra scritto*. E mando, que las personas que en mi nombre lo han dado capitulato, lo deven firmar de sus nombres.

»Hecha en la ciudad de Angra en la Isla Tercera, á dos de Agosto Anno 1583.

»Don Alvaro di Baçan, Marques etc.—Don Francisco de Bouadilla.—Hieronimo conde de

(1) Téngase presente el italianismo de este documento.

Lodron.—Don Pedro de Padilla.—Don Lope de Figueroa.—Don Cristobal d'Erasso.—Don Jorge Manriquez.—Bartolomeo d'Aguila.»

«Yo Monsiur de Scarabac, maestro de campo de los Franceses e los capitanes y soldados franceses en nombre de Monsiur de Chatra por la commission que del y de los soldados tenemos, dezimos que acetamos, y tenemos por bien todo lo capitulado, y nos obligamos de guardarlo e cumplirlo en todo y por todo por nosotros y por el dicho Monsiur de Chatra y la demas Infanteria, y dezimos que tenemos por bien que de mañana miercoles a tres d' Agosto, á las dos despues del medio dia vendremos á una legua, á costa del exercito, y renderemos las dichas vanderas, pifanos, y tambores, arcabuzes, mosquetes, cosseletes, picas, espadas, y otro cualquier genero de armas como dicho es, y porque ansi cumpliremos y guardaremos fermamos la presente di nostros nombres. La qual es hecha en la ciudad d' Angra á dos dias d' Agosto A.º 1583.»

J. LISKE.

Traduccion de F. R.

(Continuará.)

EXACTITUD HISTÓRICA Y GEOGRÁFICA DEL POEMA DEL CID.

(Conclusion.)

Déjase comprender mucho mejor que áun despues de la muerte del Cid se generalizase este nombre, inmortalizado en un Poema vivo retrato de su vida y época, y al que indudablemente alude el cronista de Don Alfonso el Emperador. Nadie sabe de otro canto tan antiguo en que se use tal nombre. La Crónica Rimada, que algunos han querido suponer de igual ó mayor antigüedad, es de fines del siglo XIII, y nunca dice *Mio Cid*, ni áun cuando le rinde vasallaje un rey moro, diciendo: «A ti digo el *mi Señor*», etc. Por consecuencia, está desvanecida perentoriamente la teoría de los que suponen compuesto el Poema en 1155, para celebrar el matrimonio de Don Sancho *el Deseado* con Doña Blanca, infanta de Navarra; mucho más cuando el único fundamento en que se apoyan, el verso que dice «*Hoy los Reyes de España sus parientes son*», podia decirse igualmente el dia en que se casaron las hijas del

Cid con los infantes herederos de Aragon y Navarra, pues ya era él pariente por su mujer doña Ximena del Rey de Leon y Castilla, y aún no existía el reino de Portugal.

Más verosímil parece que el Poema, compuesto principalmente á raíz de los sucesos que celebra, como todos los poemas semejantes, verdaderas *nuevas* ó noticias de hechos heroicos (1), por no decir historias, fuera retocado para las fiestas de la coronacion de Don Alfonso VII como emperador, en 1135, honrando al mismo tiempo á un nieto del Cid, al Rey de Navarra Don García Ramirez, que acababa de restaurar su trono en el año anterior, y concurrió á la coronacion como feudatario; porque hay otro verso, tambien muy notado, y evidentemente pegadizo, que al mencionar los condes Don Enrique y Don Ramon, dice del último: «*Aqueste fué padre del buen Emperador*».

Es de notar, además, que á Don Alfonso VII se le llamaba Emperador, lo mismo que á su abuelo, sin haberse coronado como tal, y desde poco despues que murió su madre la Reina Doña Urraca, dándosele tal título hasta en documentos oficiales. (Véase la *Historia Compostelana*.) Y repito que este verso y otros retoques debieron hacerse para las fiestas de la coronacion, ó durante todo el año antecedente, cuando el nieto del Cid restauraba el reino de Navarra, y las armas de Don Alfonso VII amparaban á Zaragoza y todo Aragon, puesto á pique de perderse con la derrota y muerte de Don Alfonso el Batallador. Por lo demás, el fondo del Poema creo firmemente que se iba componiendo segun el Cid iba obrando. Retocar la obra muchos años despues, ¿á quién no le sucede, entre cuantos tenemos la desgracia de escribir para el público? Toda la narracion demuestra de mil maneras un testigo presencial, todavía conmovido de lo que viera y oyera. Por ejemplo: acabando de referir el casamiento de los infantes de Carrion, dice:

«Plega á Santa María é al Padre Santo
Que's pague deste casamiento Mio Cid el que
(lo ovo en algo.)»

Otras veces se dirige á un auditorio, tambien contemporáneo, diciendole, v. gr.:

«Fuerzas de Marruecos Valencia vienen cer-
(car.

(1) «De grandes nuevas son los infantes de Carrion», (v. 2082) «Poco precio las nuevas de los de Carrion», (2684).

Cincuenta mil tiendas fincadas há de los cab-
(dales,
Aqueste era el Rey Bucar, *si l'ouistes contar*».

Ó bien, refiriendo una batalla, en que sin duda tomara buena parte, exclama:

«Veriedes tantas lanzas premer é alzar
Tanta adágara foradar é pasar», etc.

Pero ¿era costumbre, preguntará alguno, que los poetas fueran entonces guerreros, ó anduvieran al ménos en la guerra? Sobre esto citaré tambien testimonio contemporáneo, y frances con mezcla de inglés, para que se crea mejor:

«*Taille fert, que moult bien chantait
Sur un cheval qui tot allait
Devan le Duc allait chantant
De Charle maigne et de Rolland
Et d'Olivier et des vasaux
Qui moururent á Roncevaux*» (1).

Y este *Taja-hierro*, que tan bien combatía como cantaba delante del duque de Normandía Guillermo el Bastardo, cuando ganó en un solo día la corona de Inglaterra (batalla de Hastings, 1066), casi al mismo tiempo que el Cid ganaba á su señor Don Sancho las de Galicia y Leon, ¿qué cantaba? Las hazañas de Roncesvalles, las mismas que recordaba el cantar latino de la conquista de Almería, comparándolas con las de Alvar Fañez:

«*Tempore Roldani, si tertius Alvarus esset
Post Oliverum, fateor sine crimine rerum
Sub juga Francorum fuerat gens Agarenorum
Nec socii chari jacuissent morte perempti*».

Por cierto que diciendo nosotros hoy mismo *Roldan*, como *Roldani* el que lo latinizó en el siglo XII, mientras el poeta anglo-normando, Wase, dijo Rolland, segun dicen tambien los franceses hoy día, se nos quiere hacer creer por ellos y por sus traductores que ántes cantó lo de Roncesvalles la musa francesa que la española, ántes los vencidos que los vencedores. Y todo ¿por qué? Porque, corteses como el Cid y Alfonso el Bravo, que á cualquiera decían era mejor que ellos, cantábamos las proezas de los que sucumbieron bajo los dardos vascones:

Que tanto el vencedor es más honrado,
Cuanto el vencido más fuere alabado.

Verdad es que no tenemos cantos contemporáneos de la de Roncesvalles, como de mu-

(1) «Roman de Rou», por Roberto Wase,

chas batallas del Cid; pero los romances modernizados de éste, conformes en sustancia con el Poema, demuestran que igualmente pudimos y debimos tener sobre la derrota de Carlo-Magno composiciones primitivas y contemporáneas, tipo de las que aún repiten las mozas de algun rincón de la Montaña, dando vueltas al huso:

Mala la hubísteis, franceses,
La entrada de Ronces-Valles, etc.

Y siendo ésta la costumbre anterior y coetánea del Cid; constando hasta por un autor árabe, su contemporáneo (1), que gustaba de que se le leyeran las hazañas de los héroes moros, ¿puede dudarse que se le referían y cantaban las de guerreros cristianos, y que donde quiera, á no ser delante de él, se celebraban las suyas?

Lo que me costará poco reconocer es que, entónces y siempre, los franceses han sabido muy bien decir lo que nosotros nos curábamos más de bien obrar. Y lo que mi sinceridad no puede ni omitir siquiera, al mismo tiempo que tomo lo que nos pertenece y deseo ser convencido de lo contrario á lo que afirmo, es que, segun dijo Víctor Hugo á cierto literato español, si es nuestro el Aquiles, el Homero es frances. Víctor Hugo lo decia por El Cid de Corneille, que al cabo no hizo sino imitar ó mejorar las *Mocedades del Cid*, de Guillen de Castro. Mejor se pudiera decir por el Poema, del que no conocemos tipo ni ensayo castellano anterior, y evidentemente fué compuesto por un frances, aunque naturalizado en Castilla, y probablemente de los que vinieran en la comitiva de Don Ramon de Borgoña.

Infinitas son las pruebas, de lenguaje especialmente, que no pueden atribuirse al solo roce de varias nacionalidades en la mesnada del Cid, como los pocos vocablos árabes que en el Poema se notan (2). Sobre todo, el re-

(1) Ibn Bassam, citado por Dozy, «Recherches», etc., pag. 554, 1.ª edicion.

(2) Repito que quisiera ser convencido de lo contrario y de que todo fué efecto de estar en vías de formacion el idioma castellano, tomando más de Francia, como tomó entónces, la liturgia, la letra, los monjes de Cluny, etc. En tal caso, pudiera ser el autor del Poema aquel Feles Muñoz, sobrino del Cid, que no obstante se nombra modestamente el último en la enumeracion de sus más preciados compañeros, y que socorrió á sus primas en el robledal de Corpes, dándoles agua en su sombrero «nuevo y fresco que de Valencia le sacó». Así se explicaria tambien la preferencia que en el Poema se nota por todo lo relativo á las hijas del Cid.

currir á la lengua ó pronunciacion francesa para formar el asonante, cuando no le hallaba fácilmente en castellano, y el calor de la idea ó sentimiento le arrastraban, sin permitirle detencion ni ripio, muestra que el autor aprendió á hablar en aquel idioma. Por ejemplo, los versos atras empezados, en que se describe la batalla sobre Alcocer, acaso la primera en que el poeta se halló, continúan así:

«Tanta loriga falsa *desmanchar*
Tantos pendones blancos salir bermejós en
(sangre (*sang*)
Tantos buenos caballos sin sus dueños andar
Los moros laman Mafomat, los cristianos
(*Sanct Yague*».

Repárense tambien estos otros modismos, que ni siquiera se pueden atribuir á error de copia:

Una ninna de *nuef* annos á oio se paraba...
Esta noche yagamos é vaimosnos al *matino*...
Con vuestro consejo *bastir* quiero dos arcas...
Quedas sed mesnadas, aqui en este logar
»Non *desranche* (derange) ninguno fata que
(yo lo *mande*.
»Aquel Pero Bermuez non lo pudo *endurar*...
»Varones de Santisteban á guisa de muy
(*pros* (*preux*)...
»Por lo que yo oviere á *fer* por mi non *man-*
(*cará*...
»Si yo non *bujás* (*bougeasse*) el moro te juga-
(rá mal.
»Passé por ti, con el moro me *off* (*nove*) de
(aiuntar
»De los primeros *colpes off* le de arrancar.

El copiante Per Abbat dió la ortografía de Castilla y de su tiempo á otros muchos asonantes que solamente lo son en frances, ó con su pronunciacion, como el de *sang* atras citado. Hé aqui otros:

«Un suenno priso dulce, tan bien se adurmió
El Angel Gabriel á el vino en suenno (*songe*)
En Valencie sedie Mio Cid con todos sus va-
(sallos (*vasaux*)
Con el amo sus yernos los infantes de Ca-
(rion.»

Sigue largamente este asonante, y como en otras partes le hace con *vasallos*, claro es que usó el sinónimo frances como recurso poético.

«Aqui está con Mio Cid el Obispo D. Ihero-
(nimo (*Gerome*)
El bueno de Alvar Fañez, el caballero lidia-
(dor.»

En otros versos, y casi siempre que nombra al obispo D. Jerónimo, es con la pronunciacion francesa *Geróm*.

Pero diráse tal vez: ¿cómo siendo frances el autor, se muestra tan admirablemente exacto en la topografía y costumbres castellanas? Ese mismo es mi mayor argumento para afirmar que iba cantando lo que veía, imitando y habiéndose adiestrado en otros cantos anteriores, como *Taja-hierro*, el poeta y compañero de Guillermo el Conquistador.

Aún se me ha figurado ver al cantor del Cid en aquella comitiva que escogió éste cuando fué á reptar á los infantes de Carrion, diciendo:

«*Conmigo irá MAL-ANDA, que es bien sabidor.*»

Si el mote es apropiado, díganlo cuantos poetas anden bien, y callen los demas, que ya sabemos cómo andan. En cuanto á sabidor, creo lo era, no sólo de la teología que demuestra la oracion de Doña Ximena, propia de algun aprendiz de clérigo que ahorcase los libros, sino hasta de un poco de *toaleta* (como todos los franceses) para ayudar al Cid en la que tan minuciosa y exactamente describe, que me dan ganas de auxiliaries, para que un pintor pueda hacer con toda propiedad el retrato del héroe.

«Calzas de buen paño en sus camas (jam-
(bes) metió (1)
Sobrellas unos zapatos que á grant huebra
(son,
Vistió camisa de ranzal (2), tan blanca como
(el sol,
Con oro é con plata todas las presas son (3)
Al puño bien están, *cá él se lo mandó* (4)
Sobrella un brial primo de ciclaton (5);
Obrado es con oro parecen puro son
Sobresto una piel bermeia (6), las bandas d'
(oro son (7)
Siempre la viste Mio Cid el Campeador.

Una cofia sobre los pelos, de un escarin
de pró,
Con oro es obrada, *fecha por razon*

(1) De lienzo las gastaban no hace cien años las montañesas, y aún creo que las gastan las que van á espadar lino de pueblo en pueblo, expuestas á tener tambien aventuras de vida ardante.

(2) Lienzo fino, que por adornarse con randas, se decía «ranzal».

(3) Como los botones que usan todavía los charros de tierra de Salamanca.

(4) Sin duda para poder jugarle libremente, si llegaba el caso.

(5) Vestidura interior de punto, entretejido á veces de oro y plata. Creo se nombraba solamente en plural, pronunciado «cicltons».

(6) Morisca, probablemente, como se la pidió el judío Raquel, es decir, de «tafilete» ó «cordoban».

(7) Es decir, el cinturón abierto por delante, para llevar suelta ó ceñida esta vestidura, como los gabanes que aún se usan en Valderredible.

*Que no le contalasen los pelos al buen Cid el
Campeador* (1).

La barba habia luenga é prisola con el cordon
Por tal lo face esto que recabdar quiere todo
(lo (só) suyo» (2).

De suso cubrió un manto, que es de gran
(valor,

En él habrian que ver cuantos que y son.»

Si yo no estoy ciego, aquí se ve un testigo presencial, cuanto puede verse en un escrito.

Algo viejo sería cuando dió la última mano á su Poema, compuesto la mayor parte como el de Ercilla: «La pluma ora en la mano, ora la lanza». Pero no más viejo que otros autores, pues suponíendole de veinte á treinta años en el de 1090, cuando se alistara en la mesnada del Cid tendria en 1135 de sesenta á setenta; edad acaso la más apropósito para escribir cosas pasadas, con todo el seso que da la experiencia de la vida, y sin perder el calor de la juventud; porque, como dice un autor tan sencillo y animado como el del Poema, bien que por otro estilo, más conocido del señor Pidal:

«Aunque los vieios somos enfadosos,
Si nos dejan falar, remozicamos.»

Dígalo si no Cervantes, que, con la Extrema-Uncion, todavía tenía humor para recordar coplas viejas. ¡Cuanto más un poeta como el del Cid para revisar las suyas!

Ante estas evidencias morales, confirmadas por la posibilidad de lo que se ignora, poco valen argumentos tan fútiles como el que hace Dozy sobre los cascabeles que llevaban los caballos de Alvar Fañez, diciendo, con referencia á Wolf, que se gastaban en el siglo XIII. Tambien se gastan ahora por los caleseros, y tan difícil será probar que no se gastaron ántes del siglo XIII y áun ántes de Alvar Fañez, como fácil juzga el Sr. Dozy probar la afirmativa. Pero en fin, si estos argumentos valen algo, y yo hallo otro dato semejante sobre lo que se tacha de ménos histórico en el Poema, y lo hallo en documento auténtico, enteramente coetáneo y áun pocos años anterior, ¿qué se me dirá?

(1) Como la loriga, ó camison de malla, tenía una capucha («almofar»), que se echaba sobre la cabeza y encima el «capiello» de hierro, al combatir, todo esto exigia que la cabeza tuviese debajo alguna mullida y recogido el pelo, para que con los golpes no se descompusiera y «contallase», ó molestase, al combatiente.

(2) Y podria estorbarle tambien la barba suelta, si se llevase alguna cuestion al terreno de los hechos.

Pues bien: cuando el Rey Don Alfonso pide las hijas del Cid para los infantes de Carrion, empieza así:

«Oidme las *escuellas*, Cuendes é infanzones.»

Y cuando combaten los infantes con los campeones de aquellas inocentes niñas maltratadas,

«....Ferran Gozalez connugo á *Tizon*,
Antes que el golpe esperase, dixo: *venzudo* só.

Assur Gonzalez, ya herido por Munio Gustioz, iba á ser rematado, cuando

«Dixo Gonzalo Asurez: no l'fírgades por Dios

(1)

Venzudo es el campo cuando esto se acabó.»

Puedo asegurar que no atinaba la significación de *escuellas*, ni había visto la palabra *venzudo*, hasta que encontré una y otra en documento del mismo Rey Don Alfonso, del año 1091, y precisamente relativo á combates judiciales semejantes, que es bien sabido se usaron en aquella época, hasta para decidir si se había de conservar la liturgia mozárabe ó introducir la romana. Dice así:

.....*non firmet nullus judæus super nullum christianum, super nulla causa; sed si fuerit exquisitum per certa exquisitione de illos majores de illa terra aut de ipsis mellioribus de SCHOLA Regis, vel de Legionensi Episcopo, aut de Astoricensi, sive de illo Abbati Sancti Facundi, aut per bastonarios eguales.. si fuerit suus bastonarios de illo judæo VENZUTUS... si autem ipse christianus aut bastonarius illius fuerit VENZUTUS... etc., etc.* (*Charta inter christianos et judeos. ESPAÑA SAGRADA, XXXV, página 411.*)

Adviértase que todos estos modismos se refieren á una misma tierra, esto es, la de Leon y Carrion; porque si de tierras más lejanas y diversas de España se tratase, ¿qué valor se podría dar á tales indicios, cuando hoy mismo usamos en la Montaña de Castilla el ¡*ya!* ó ¡*ha!* que tanto se usa en el Poema, como exclamacion pidiendo atencion, y no lo han comprendido el poseedor ni el editor del código? (2). Poco caso haremos de cas-

(1) Este grito, arrancado del corazon de un padre débil, muestra al que lo fué de Asur «Gonzalez», como de los otros dos mimados infantes de Carrion,

(2) Esta interjeccion no viene del «jam» latino, sino del «gá» («réspice») scandinavo; así como el «cá», que aún se usa generalmente. De aquella acepcion usó todavía Cervantes cuando el señor «Monipodio» quiere hacer las paces entre el «Repolido» y su jembra, interpe-lándola: «¡Ah! Juliana, ¡ah! Cariharta!», etc.

cabeles, ó lutos negros y blancos, sobre que discurren largamente algunos críticos, cuando aun hoy, en Vizcaya, usan como signo de autoridad algunos álcaldes un chuzo ó venablo semejante al que tiene por cetro Don Sancho *el Mayor* en la miniatura del código Albeldense ó Vigilano, donde se intentó retratarle por haberse concluido esta obra en su reinado. Y en esta Montaña se usan todavía, no sólo lutos, sino lamentaciones fúnebres á la manera griega, como las halló Strabon hace mil setecientos años.

Otro argumento hecho por envidiosos de la antigüedad del Poema, contra su exactitud histórica, es que da el nombre de *Sancho* al abad de Cardaña, y dicen que lo era entonces San Sisebuto. Pero en Berganza, que trató especialmente del monasterio de Cardaña y de todos sus abades, se puede ver que simultáneamente con San Sisebuto, ántes abad único, hubo otro llamado Sebastian; y despues volvió á quedar solo San Sisebuto, muriendo en 1086, cuando la salida del Cid referida en el Poema es del año 1090. Por otra parte, segun escrituras que publica Berganza mismo, sólo en este año hubo dos abades: uno el xvi de las kalendas de Marzo, llamado Pedro, y otro el v de las de Mayo, llamado Diego. ¿Quién puede asegurar que no hubiese otro llamado *Sancho*, por Julio? Berganza sólo en dichas escrituras se funda para creer que á Pedro sucedió Diego; y por otra de 1098, en que figura *García*, se persuadió que éste sucedió á Diego. Mas yo quiero suponer que, así en el nombre del abad como en el de las hijas del Cid, María y Cristina, ó Elvira, que necesitaba repetir muchas veces el poeta, se permitió variarles de modo que viniesen mejor á los asonantes que más frecuentemente usaba.

Fuera de estas licencias ó necesidades poéticas de un idioma que estaba formándose, ¡cuán clara aparece la minuciosa exactitud topográfica y de costumbres, la escena y los actores! Permitaseme en esto alguna extension, porque nos parece caminar, hablar y combatir con ellos, á cuantos conocemos las localidades y la historia íntima de aquella tierra.

Salen de Vivar, y voló á la diestra una ave de las que todavía se ven á la entrada de los pueblos castellanos; augurio favorable á la expedicion. Voló á la izquierda al entrar en Búrgos; presagio de mala estancia. No era esto mera preocupacion, cuando aun hoy tenemos pastores y labradores que por el

vuelo y canto de las aves pronostican el bueno y mal tiempo, con tanta seguridad como el barómetro. Y siendo esto lo más importante cuando se vivía principalmente de la ganadería, trashumando mucha parte de ella, según los temporales, aún dentro de cada provincia ó comarca, nada más natural que, de una experiencia positiva, deducir otras consecuencias análogas, y exagerarlas el interés ó el deseo. Como quiera que fuese, el hecho histórico, ya notado por autores romanos, es que los antiguos eran muy prácticos en augurios.

Entran en Búrgos y no hallan quien les dé posada, ni aún en la acostumbrada del Cid, porque el Rey lo había prohibido, así como el venderles las cosas más necesarias. Era la fórmula del destierro, según el Fuero Viejo de Castilla, vedar los mercados. Era también deber de los vasallos servir á su señor á todo trance, y así le sirvió al Cid Martín Antolinez, «*el mio vasallo de pro*», como en el Poema le llama; no su sobrino, como supusieron después comentadores interesados por tales ó cuales familias.

Había acampado el Cid en la *glera* (1) del Arlanzon, es decir, en el pedregal ó cascajera de sus orillas, junto al mismo Búrgos; no en Arlanzon, pueblo tres leguas distante, como supone el Sr. Janer en sus notas, sin reparar que así hubieran sido imposibles las idas y venidas de Antolinez y los judíos que después se refieren con admirable exactitud de detalles no estudiados. Por ejemplo: «*Pasó por Burgos, al castillo entraba*», porque efectivamente la Judería estaba al pié del castillo, y para ir á ella, desde la orilla del Arlanzon, había que pasar por la ciudad. Y al volver con los judíos, para entregarles las famosas arcas, entrada ya la noche, «*Non viene á la puent'cá por el agua há pasado.—Que ge lo non ventasen de Burgos, home nado.*»

Aquí dió otro traspie la crítica del Sr. Janer, suponiendo que *ventasen*, como escribió el Sr. Sanchez, era *ventanssen*, así como *ventanasen* ó atisbaran desde las ventanas. Poco antes, cuando se dice de las arcas que serían *ventadas*, si no se tomasen precauciones, dice que *ventadas* es lo mismo que *vendidas*. Mas los que aún usamos en la caza el verbo *ventear*, y decimos de un perro que tiene buenos *vientos*, como nuestros fueros antiguos llama-

(1) Lera decimos aún en la Montaña estos pedregales de la orilla de los ríos, y la voz primitiva debió ser «*agualera*», de donde «*eglera*» y «*glera*», que se hallan en diversos documentos.

ban *ventores* á los sabuesos, al momento comprendemos la significación literal de olor, y la alegórica de *sospechar*, el negocio que tan diestramente llevó á cabo Antolinez, valiéndose de la misma codicia y precauciones características de los judíos.

Otra palabra se halla en el Poema por nadie explicada, y ciertamente dudosa. Dice Martín Antolinez sobre lo que había hecho, apesar de la prohibición regia, que daría instrucciones á su mujer y familia, y

«Si el Rey me lo quiere tomar, á mi non
(*minchal*;
Antes seré con vusco que el sol quiera rayar.»

También Pero Bermudez, cuando el Cid le encarga cuidar en una batalla de los infantes de Carrion, dice:

«Cúrielos qui quier, cá dellos poco *mincal*,
Yo con los míos ferir quiero delante.»

Solamente otro modismo usual de este país nos servirá de guía para hallar la explicación: «*Ni me da calor ni frío*», se dice de una persona ó acto indiferente; y así, *m' incál*, sería entonces la modificación ó pronunciación castellana de *me incalet*.

Llegaron los expedicionarios á Cardena aquella misma noche, antes de amanecer, y otros comentadores han notado la naturalidad y ternura de la entrevista ó despedida del Cid, su mujer é hijas; yo sólo notaré lo que ayude á desvanecer las dudas sobre la certidumbre de cuanto el Poema refiere:

«A las sus fijas en brazos las prendia,
Lególas al corazon cá mucho las queria.»

¿Puede hacerse esto con muchachas casaderas de allí á cuatro ó cinco años? No, ciertamente. Pero sí con niñas de dos ó tres, que tendrían entonces. Y, por consecuencia, de ocho á diez mandó se desposaran con los infantes de Carrion; poco más, cuando hicieron otro tanto con los infantes de Aragon y Navarra, y apenas 17 ó 18 cuando la mayor tuvo sucesión de su tercer matrimonio con el conde de Barcelona. La esperanza del magnífico dote de Valencia hacía todos estos milagros; y acaso por este último matrimonio se creyó Don Jaime con derecho para reconquistarla. Por lo menos el Cid ya tendría algunos datos sobre este punto, cuando al notificarle el abandono y felonía de los infantes, dice:

«Por aquesta barba, que nadi non mesó,
Non la lograrán los infantes de Carrion,
Que á mis fijas bien las casaré yo.»

El poeta que tan naturalmente describe lo que vió y oyó, y sigue refiriendo la salida de Cardena y viaje del Cid, hasta dejar á Castilla, con la escrupulosa exactitud de un cronista de nuestra época, en los viajes regios; sin que, por casualidad siquiera, incurra en un error topográfico, segun sería propio de una obra escrita por otro que no fuera contemporáneo y acompañante del protagonista. La primera noche fueron á dormir á Espinar de Cán, donde se les juntaron muchas gentes. El dia siguiente continuó la marcha, y, como si lo viéramos, nos pinta el poeta todo el país que iba atravesando: á la izquierda, San Estéban de Gormaz, á la derecha Aillon, todavía dominada de moros, al frente Alcuilla, límite de Castilla á la sazón. Atravesaron la calzada de *Quinea*, mal copiado probablemente de *Clunia*, cuya vía militar á Uxama y Augustóbriga debieron cruzar antes de pasar el Duero «sobre navas de palos», es decir, al lado de arriba del moderno Naval Palos. ¿Por qué así, ó por qué nos lo dice el autor, importando poco al asunto que fuera por arriba ó por abajo? Porque refiere con la naturalidad que las cosas pasaron, y pasaron los emigrantes por más arriba de Nava-Palos, porque, como ya he notado atrás, allí desemboca el Ucero, y no es tan fácil vadear el Duero despues de la union de ambos.

Aquella noche soñó el Cid que todas las cosas le salian bien, probablemente porque bien las fué rumiando por el dia, como los sucesos muestran. En efecto, el último dia del plazo para salir de Castilla dispuso atravesar de noche la Sierra de Miedes, frontera del reino moro de Toledo, ya dependiente ó tributario del rey Alfonso. Se mantuvo al dia siguiente en despoblado, y ántes de anoche cer volvió á cabalgar para ponerse en acecho de Castejon de Henares. Así, al otro dia, no sólo pudo sorprender este castillo, sino talar á mansalva todo el valle de Henares hasta Alcalá, porque ni atalaya, ni humareda, pudo avisar la entrada á los desprevenidos moros.

La minuciosidad con que en el Poema se refiere esta algarada, no obstante su poca importancia relativa, consiste, á mi entender, en que fué la primera donde se hallara el autor, y le dejó recuerdos indelebles. «¡Dios, que feroso apuntaba!» dice de la

salida del sol: hermosa para todos, y más para los que pasan la noche al sereno por primera vez. Lo que habló el Cid, lo que propuso Alvar Fañez, lo que se hizo, lo que se ganó, la manera de que fué partido «por carta», es decir, por lista y tasando el valor de cada cosa, para sacar el quinto del jefe y demas porciones, hasta la cuota que tocó á cada jinete y cada peon, todo se refiere y está conforme á las costumbres de la época. El Cid no sabía qué hacer del quinto que le correspondia (y que aún pagaban al Rey cuatrocientos años despues los compañeros de Cortés y Pizarro). Le cedió, pues, á los mismos moros saqueados, por lo que quisieron dar en dinero, y abandonó á Castejon; porque si bien era defendible («retenedor»), no habria en él agua, y habria en los alrededores moros de paz con el Rey Don Alfonso, como estaba escrito en carta (1); por lo que procuraria defenderlos, y el Cid no queria lidiar con su señor. ¿Quién refirió al autor, si vivió dos siglos despues, como algunos quieren, ó por qué arte adivinó, en aquellos ignorantes tiempos, cosas que sólo constaban en el fuero de los castellanos de Toledo y en las capitulaciones de aquella ciudad, cuyos documentos nadie nos dice haber visto originales? ¿Quién le enteró de que Alfonso el Bravo fué tan fiel guardador de aquellas capitulaciones, que aún la reina, su mujer, y el arzobispo hubieron de temer su enojo por haberlas quebrantado? La notoriedad de los hechos más célebres de la época en que el poeta vivia, y la ciencia propia de aquellos en que él mismo tomaba parte.

No está menós detallado el sitio activo y pasivo, así como la salida victoriosa del castillo de Alcocer, que el buen Janer puso en la Alcarria, como ahora el Diccionario de Madoz, bien que clara y minuciosamente haga ver el Poema que pasó todo á orillas del Jalon, bien que sea muy comun la denominación árabe de *Al-kazar*, ó castillo, y no sea difícil fijar aproximadamente el sitio á los prácticos en la comarca, que estudien aquellos detalles. Aun cualquiera comprenderá, sin estudiarlas mucho, las palabras y acciones del Cid, del arriscado Pero Bermudez, del implacable Alvar Fañez, y del autor mismo que

(1) El fuero de Toledo, que todavía unos treinta años despues confirmaba Don Alfonso el Emperador, jurándole y confirmándole, en caracteres árabes, los principales moros de Madrid, Talavera y otros pueblos principales de aquel reino.

nos hace sentir y palpar con él. Por ejemplo: cuando Alvar Fañez queda á pié, y no obstante sigue combatiendo, el Cid derriba un caudillo moro (*Wazir*), bien montado, y dice: «*Cabalgad, Minaya, vos sodes el mio diestro brazo*». Y despues de vencidos y ahuyentados los enemigos, ¡qué bien se nos pinta al Cid recogiendo su gentel *la cofia fruncida* (de los golpes que recibiera sobre el capiello de fierro), *el almofar acuestas*, es decir, caido sobre los hombros el capuchon de la loriga, que para combatir se ponía sobre la cabeza, y la espada todavía en la mano. ¡*Dios como es bien barbado!* exclama el poeta, cual si aún le viese, y para acabarnos de mostrar que lidió á su lado, concluye diciendo:

«Grado á Dios que está en lo alto,
Cuando tal batalla *habemos* arrancado.»

Pues sobre el repartimiento de los despojos, á nadie que no estuviera presente se le ocurriría que el Cid entregase á Minaya una *uesa*, es decir, una bota ó polaina de piel cruda, llena de oro y plata, para cumplir ante todo la promesa de mil misas que habia hecho á Santa María de Búrgos (1), dando lo que restase á Doña Ximena y sus hijas. Además, de los cien caballos que le tocaron en su quinto, envió al Rey treinta, y repartió el resto del despojo á los soldados, peones y jinetes, quedando todos contentos, y mucho más cuando despues les repartió los tres mil marcos en que cedió el castillo de Alcocer. El poeta, como participante del *gaudeamus*, nunca lo acababa de celebrar:

A caballeros é peones fechos los há ricos,
En todos los sos non *fallariades* un mes-
(quino.
¡Qui á buen Sennor sirve siempre vive en
(delicio!

Hé aquí la expresion de un corazon agradecido, que explica de lo que fueron capaces tales hombres, y tan bien acaudillados; así como las infinitas veces que se dirige á los oyentes ó lectores, diciendo *veriedes* (si estuviérais allí como yo), demuestran que, como ya dijo el primer editor D. Tomás Sanchez, acaso sin dar á sus palabras el alcance que

(1) Si alguno dudase de tal hecho, que no era sino muy acostumbrado, Florez en su «España Sagrada» nos cita una escritura de veinte, ó pocos más años despues, donde se dice de la misma iglesia: «*quam omnes Cantabri velut matrem honorare solent*».—(Esra. de 1121, por la *coudesa Doña Anderquina*.)

tienen, «todo es histórico, todo sencillez y naturalidad».

Abandonada la comarca de Alcocer, por estéril, sentó el Cid sus reales en el Poyo de Monreal (de Ariza), y no sólo se le describe á vista de pájaro, desde su gran altura, con la exactitud del marino que marcase las enfilaciones de un puerto entre Daroca y Molina, teniendo delante á Teruel y bajo la mano á Alcalá de la Selva, sino que juntando los recuerdos personales y la celebridad que despues tuvo aquel sitio, dice el poeta:

«Mientra que sea el pueblo de moros é de la
(yente cristiana,
El Poyo de Mio Cid, así l'dirán por carta.»

Esto prueba, junto con la gran popularidad del héroe y la del Poema, que el autor las llegó á conocer ambas, porque ya he dicho que al Poema se refiere indudablemente el cantar latino de la conquista de Almería en 1147, cuando asegura que á Rodrigo de Vivar se le llamaba siempre *Mio Cid*, y se contaba que nunca fué vencido, precisamente lo mismo que dicen de él los escritos árabes contemporáneos citados por Dozy. El que más dice en contra supone que reventó de coraje, por haber sido derrotado su *alter ego* Minaya. Reminiscencia ó revancha de lo que se dijera de Almanzor.

Otra vez, y ciento que se quisieran, volveré á notar la cualidad de itinerario exactísimo en el Poema cuando refiere las correrías que dieron lugar á la derrota y prision del conde de Barcelona, ápice y fin del primer canto. El Cid se habia mudado al puerto de Almant, es decir, al extremo Oeste de la sierra de Espadan, por donde ahora pasa la carretera de Teruel á Valencia, puesto que desde allí se dice, al principio del segundo canto, que se tornó hacia Oriente y el mar, conquistando á Jérica, Onda, Almenara, Burriana y Murviedro. Pero la antedicha algarada, que llegó hasta los moros protegidos ó tributarios del conde de Barcelona, se dirigió hacia Huesca y Montalban, durando diez dias. Junta el conde sus gentes cristianas y moras y corre en pos del Cid, «tres dias y dos noches», que no ménos era necesario para ir hasta el pinar de Tebar, en la provincia de Cuenca, donde le alcanzó y le envió un mensaje que el autor de la Crónica latina publica íntegro, con todas las señales de auténtico, así como la respuesta del Cid. Pero el autor del Poema, tan minucioso en lo que decia ó hacia el

Cid, cuando lo presenciaba, sólo refiere de estos mensajes lo que se dejaba correr entre la mesnada; y, sin embargo, confirma incidentalmente ser ya la segunda vez que se combatían, y hace conocer la vista de águila y sagaz estrategia de Rodrigo:

—«Dígaos al conde, non lo tenga á mal»
 «De lo só non lievo nada: dexem'ir en paz»
 —Respuso el Conde:—«Eso non será verdad.
Lo de antes é de agora todo m' lo pechará
 Sabrá el salido (1) á quien vino desondrar.»
 Tornos' el mandadero cuanto pudo más,
 Essora lo conosce Mio Cid el de Vivar
 Que á ménos de batalla no s' pueden d'end'
 (quitar) (2).
 —¡Yal caballeros: apart, faced la ganancia
 Apriesa vos guarnid é meted os en las armas.

.....

«Ellos vienen cuesta yuso, é todos traen cal-
 (zas,
 E las siellas coceras, é las cinchas amoiadas
 (3)
 Nos cabalgaremos siellas gallegas, é huesas
 (sobre calzas;
 Ciento caballeros debemos vencer aquellas
 (mesnadas,
 Antes que ellos leguen al lanno (4) presenté-
 (mosles las lanzas,
 Por uno que firgades tres sillas irán vacías.»

Efectivamente: aunque la Crónica latina dice acometió con tal impetu el Cid que cayó con el caballo y se hirió, ya había enseñado el camino de la victoria; y aunque el Poema no diga como otras veces lo que su héroe hizo, sino «*mandóles ferir*»:

«Esto hacen los sos de voluntad, de grado,
 Los pendones é las lanzas tan bien los van
 (empleando,

(1) El emigrado, el exido de Castilla, como más latínamente se dice atrás. Aquí parece dársele el sentido injurioso de foragido, («fora-exido») que más adelante llegó á ser sinónimo de bandolero.

(2) Hé aquí la pronunciación que demuestra cómo iban abreviando y simplificando los castellanos viejos las palabras latinas «non se poterunt deinde», etc.

(3) Es decir, flojas, siendo de correa y habiéndose mojado con el sudor de los caballos; y las sillas echadas atrás, para cabalgar más cómodamente, yendo hacia abajo (cuesta-yuso). Son casi los mismos defectos que en el sabido romance reprende Arias Gonzalo á su hijo:

«El ser flojo en el caballo,
 Que cuando héis de cabalgar
 Cabalgais trasero y largo», etc.

(4) Y apretaran las cinchas, poniéndose en órden.

A los unos firiendo, á los otros derrocando.
 Vencido há esta batalla el que en buen hora
 (nasco;
 Al conde D. Remon á prision le han tomado.»

Y tal coraje tomó de este segundo vencimiento, que primero quiso dejarse morir de hambre, y después, vencido también por la generosidad del Cid, marchó libre y sin rescate á su tierra, pasando muy pronto á la Tierra Santa, donde no tardó en morir, tal vez de vergüenza, tal vez de remordimientos.

En otro artículo, si el tiempo me fuere ménos avaro, confirmaré el tema de estas intermitentes y precipitadas observaciones, ampliándolas á los otros dos cantos que el Poema del Cid comprende.

ANGEL DE LOS RIOS Y RIOS.

Caldas de Besaya, Agosto de 1879.

POETAS CONTEMPORÁNEOS

DON MANUEL DE LA REVILLA

¡Revilla!—Hé aquí un nombre que hace soñar, como esas nubes rojas que se amontonan en el horizonte al declinar la tarde, para servir de lecho al sol en su caída. Hay en este nombre algo de vago y misterioso que fascina el espíritu y lo inclina á meditar. Cuando lo escuchamos, sin saber por qué, viene á nuestra mente el recuerdo punzante de una flor que hemos deshojado, ó el de una voz que nos cantaba al oído cuando niños para dormirnos, ó el de unos labios ardorosos que rozaron nuestra mejilla en otro tiempo, ó las notas suaves, tiernas, purísimas de la metafísica neo-kantiana. Si se me preguntara dónde está el secreto de tal fascinación, no podría contestar satisfactoriamente. Para mí no está en que el Sr. Revilla sea filósofo, y sea poeta, y sea orador, y crítico, y catedrático, y revistero de teatros. Cada una de estas cualidades de por sí, estoy seguro de que no le haría el blanco de la admiración de sus contemporáneos. Mas ha de existir entre ellas una singular y extrañísima relación, inextricable para el espíritu, mediante la que el fenómeno indicado se realiza. De tal suerte, que si el Sr. Revilla fuese orador y poeta, y no fuese filósofo al mismo tiempo,

perderia por eso sólo la inmortalidad; y si fuese orador, poeta, filósofo y catedrático, y no tuviese además la cualidad precisa de revistero de teatros, es como si no fuese nada para el efecto de la fascinación. El Sr. Revilla es, pues, el resultado feliz de una agregación de elementos diversos, cuyo modo de enlazarse ó combinarse sólo Dios conoce. La naturaleza nos está ofreciendo á cada paso ejemplos admirables de estas dichas combinaciones. Suprimid á cierto paisaje el mar que se divide á lo lejos ó la montaña que se levanta imponente sobre él, y perderá su carácter y no atraerá vuestra atención. El señor Revilla es como un paisaje (en este respecto nada más): no es posible quitar ni poner en él cosa alguna, sin privarle de su efecto.

Desde muy temprano ha reconocido en sí mismo una vocación decidida á influir sobre su siglo, y siguiendo los nobles impulsos de su alma, no ha querido privarle de ninguno de aquellos medios por los que un hombre puede influir sobre un siglo. Bien sabido es de todos que el primero y más poderoso es la gravedad. Nada hay tan pernicioso, y por consiguiente, nada tan aborrecible, en mi pobre opinión, como las expansiones jocosas ó burlescas en todos los puntos de vista que se las considere. Porque no sólo han sido y son una rémora para el progreso moral y material de las naciones, sino, lo que es aún peor, han servido ya en algunas ocasiones para poner en duda el ingenio y la sabiduría del Sr. Revilla. ¡Qué tiempos los nuestros! Ya no existe para este siglo menguado nada respetable ni digno de ser mirado seriamente. Escribo, pongo por caso, el Sr. Revilla uno de sus artículos guarnecidos y bordados de primorosas metafísicas, y sin más ni más, salta un cualquiera diciendo, con cierta vana impertinencia, que aquel artículo es una colección de lugares comunes, un tejido de frases huecas arrancadas al tecnicismo filosófico para imponer respeto á la gente ignorante, al modo que se fija en las huertas un muñeco de paja para espantar á las aves inocentes. Por eso la gravedad del Sr. Revilla es un dulce y apetecible oasis en este vasto arenal de liviandades.

Aunque ya he hablado de ella en otra ocasión, sólo fué por incidencia: así que no me considero relevado de la obligación de consagrarle algunas palabras. Y la primera cuestión que se presenta, es la siguiente: ¿La gravedad del Sr. Revilla es de nacimiento,

esto es, puede considerarse como una dote otorgada graciosamente por el cielo, ó es una cualidad adquirida en virtud de un largo y penoso aprendizaje, de prolijos afanes y desvelos? No es tan fácil como á primera vista parece la resolución de este problema. Mirando el asunto por encima, y teniendo presente nada más que lo raro que es hoy esta cualidad, aún entre los hombres más favorecidos por la Providencia, es fácil deducir que el señor Revilla ha llegado á ella por el trabajo y el estudio. Esta facilidad arrastró á muchos al error. Cualquiera que se fije un poco, comprenderá que la gravedad del Sr. Revilla tiene un no sé qué de agreste indómito y bravo que la distingue perfectamente de las demás gravedades imitadas ó contrahechas. Es una de esas gravedades que aparecen muy de tarde en tarde en la historia humana, y por lo tanto, considero un absurdo el suponer que esté en manos del hombre el adquirirla. Para encontrar algo parecido, es preciso remontarse á los primeros tiempos de Roma. Aseveran los historiadores más fidedignos que Numa Pompilio no conoció la risa, aunque si añaden que, en sus conferencias con la ninfa Egeria, acostumbraba sonreír una que otra vez, pero sólo por complacencia. Mi profesor de psicología, lógica y ética, también poseía en cierto grado esta cualidad; por lo cual, hoy que la edad me ha enseñado á juzgar mejor á los hombres, no puedo menos de reconocer que, aunque oscuro, era un hombre muy notable. No vaya á creerse, sin embargo, que intento comparar la gravedad del catedrático de psicología, lógica y ética con la de Numa Pompilio y Revilla. ¡Oh, no! Cuando el Sr. Revilla, después de tomar convenientemente las medidas á una obra literaria, la califica de *predominantemente subjetiva*, y por ello la condena, como es justo, á una eterna execración, es tan serena y tan augusta su frase, palpita tanto heroísmo dentro de ella, que el espíritu se engrandece y se inflama, y es preciso acudir á los recuerdos de la *Iliada*, á Héctor, á Diómedes, á Menelao, para observar algo semejante.

Y aunque muy fuera de sazón, no quiero pasar más adelante sin formular una pregunta que constantemente se está presentando en mi espíritu. Es la siguiente: ¿Cómo el Sr. Revilla, sin imaginación alguna, sin gusto, sin ingenio, y con una ilustración tan superficial, juzga con tal grandeza las obras de arte que le ponen delante? Repito que muchas veces me hice esta pregunta, y siempre

concluí pensando que en el Sr. Revilla existe algo extraordinario que, áun sin darse acaso él mismo razon de ello, le mueve á dictar sus fallos; algo que, despues de encenderle, como á la pitonisa griega, le inspira y le sostiene sobre el trípode, circundando su frente con la aureola del misterio. Este algo, digámoslo de una vez, no puede ser otra cosa que el genio (1). El genio, sólo el genio puede volar tan alto sin necesidad de los medios que los humanos juzgamos indispensables.

Decía que la pregunta estaba fuera de sazón, y como ustedes han podido ver, era muy cierto. Sin embargo, ya se sabe que estas informalidades é impertinencias son en mí frecuentes, y no hay que asombrarse. Por algo gozo fama entre mis enemigos (porque aquí donde ustedes me ven tan jovencito y tierno, ya me permito el lujo de tener enemigos) de crítico subjetivo entre los subjetivos. Soy como si dijéramos un crítico lírico, pues la subjetividad es lo que caracteriza al género lírico, miéntras el Sr. Revilla, á juzgar por su inflexible talante y por la opaca sublimidad de sus formas, es un crítico épico. De la combinacion de lo lírico con lo épico, como han demostrado hasta la saciedad Hegel y el señor Revilla; ya saben ustedes que nace lo dramático. Por consiguiente, vean ustedes lo que son las cosas: el dia que al Sr. Revilla y á mí nos dé la gana de reunirnos en la mesa de un café, pongo por caso, ya está formado un crítico dramático, sin necesidad de más músicas. Concluimos de tomar café, nos damos la mano y nos separamos: cada cual torna á ser lo que ántes era, yo el crítico lírico y él el épico. ¡Es admirable!

Pero estos temas incidentales me están apartando, á despecho mio, del propósito único del presente artículo. Toquemos de una vez en las entrañas del asunto, y hablemos del Sr. Revilla como poeta, sin meternos en otras honduras.

Yo no he leído los versos del Sr. Revilla; lo declaro con la franqueza que me caracteriza. Mas al mismo tiempo quiero hacer constar que no fué por mi culpa. Hé aquí lo que sucedió. Habiendo pensado, como es natural, cuando empecé á escribir estas semblanzas, en incluir entre ellas la del Sr. Revilla, pedí su tomo de poesías á un amigo (si uste-

des quieren que diga quién es, lo diré), el cual, como lo tuviese ya leído, me lo prometió para el momento oportuno. En esta seguridad descansé confiadamente, sin preocuparme más del asunto; cualquiera creo que haria lo mismo. Pues bien, hace cuatro dias, tropiezo con mi amigo, y le digo al pasar: «Necesito ese tomo de poesías; mañana mandaré por él». Mi amigo, entónces, arqueó un poco las cejas, levantó un sí es no es los hombros, y por tres veces consecutivas sacudió la cabeza en distintas direcciones. No habia para qué decir más: era cosa corriente. Mando, pues, por él, y en vez de las poesías, veo llegar al emisario con una esquila muy fina en que mi amigo me pide mil perdones, porque, sin recordar su promesa, habia prestado el libro á un canónigo de Granada, el cual se habia marchado á su destino sin devolvérselo. Este golpe me hizo bastante impresion. ¿Qué significaban entónces aquellas maniobras de cabeza, hombros y cejas del dia anterior? Es lo que no pude averiguar hasta la hora en que escribo estas líneas. De resultas de todo ello, me quedé sin leer las poesías del Sr. Revilla. No obstante, mi amigo dice en la esquila que escribe con la misma fecha al canónigo de Granada, á fin de que remita el libro tan pronto como le sea posible. Lo espero con ansiedad, y excuso encarecer á ustedes los nuevos y puros atractivos que tendrá para mí despues de haber pasado por las manos de un digno y respetable capitular.

Entretanto, para no defraudar completamente la atencion del público, que pensaria hallar en estas líneas un exámen más ó ménos sucinto de los talentos poéticos del señor Revilla, voy á echar mano de alguno de los materiales que hace tiempo estoy acumulando para una obra más importante que la presente. La obra se titulará *Vida y opiniones de D. Manuel de la Revilla*, y pienso dedicar á ella todos los dias que de aquí adelante me conceda Dios sobre la tierra, pues ya estoy realmente cansado y arrepentido de ocupar mi espíritu tan sólo en asuntos frívolos é indecorosos. Me ayudará en esta empresa, superior á mis fuerzas (no me forjo ilusiones), un distinguido artista conocido y estimado ya del público, á cuyo cargo queda la formacion de unos magníficos planos en que podrán verse, en todo su espesor, las opiniones del señor Revilla desde su nacimiento hasta su disolucion, con exactitud y claridad. Será una obra primorosa y exquisita, que ha de

(1) «Genio», en la acepcion que aquí le damos, es un neologismo que debe admitirse, pues en ocasiones como la presente, no hay vocablo castellano con que pueda ser sustituido.

facilitar extraordinariamente la inteligencia del texto.

Entre estos revueltos materiales, voy á elegir una opinion grandiosa y peregrina, como todas las de nuestro poeta, que ha de dar al traste, si no me equivoco, con las ideas más propagadas en asuntos de arte. Todo el mundo sabe que algunos poetas antiguos más de una vez trataron de enseñar distintas ciencias ó artes, valiéndose para ello de las formas artísticas, y que los retóricos, apresurándose á dar un nombre á este capricho, lo llamaron *género didáctico* ó *didascálico*. Debemos confesar que el género didascálico, apesar de sus esfuerzos, no logró pelear gran cosa. Pero no es eso lo peor, sino que en los últimos tiempos llegó á tal punto su laceria, que algunos autores diéronlo por muerto, y, so pretexto de que el fin único y esencial del arte debe ser la manifestacion de la belleza, pretendieron hasta borrar su claro nombre. A tanta vergüenza hubiéramos llegado sin la dichosa aparicion en nuestro planeta de un hombre extraordinario que, fijando en la vasta esfera del arte su mirada de águila, halló medio de cortar á tiempo la perniciosa corriente. Este hombre dijo: «El fin del arte no es, como se ha creído hasta ahora, la belleza, sino la ciencia; no hay arte donde no se enseñe algo útil y provechoso; el artista y el maestro de escuela se confunden en una unidad superior; no hay más arte que el didascálico». El nombre no convenia, sin embargo, por ser esdrújulo, y lo llamó arte *docente* ó *trascendental*.

Fué una verdadera revelacion para los que yacíamos sumidos en los groseros errores de la antigüedad. Crear una belleza sólo por crearla me pareció entónces cosa indigna de un hombre serio. La naturaleza empezó á hablarme con un lenguaje distinto del que ántes usara. Antes, por ejemplo, al cruzar por un bosque, veia unos árboles cuyos troncos blancos y satinados parecian de plata; me gustaban muchísimo, los miraba, los remiraba, pero no pasaba de ahí. Ahora sé que esos árboles se llaman abedules, que su madera es excelente para hacer canastos, y que también se emplea para construir las cajas de las diligencias. Cuando los veo, echo inmediatamente la cuenta del número de chaplones que de sus troncos podrán sacarse, ¡y encuentro en ello un placer tan vivo y tan puro! Antes, al ver amontonarse por el azul del cielo ejércitos de nubes oscuras y medrosas anunciando tempestad, me quedaba mi-

rando para ellas como un tonto, sin pensar en nada. A fuerza de mirar, llegaba á ver las más raras y monstruosas escenas que nadie puede imaginarse; unas veces era una araña inmensa que iba tejiendo su tela por el espacio; otras veces era un navío que marchaba con rapidez vertiginosa sacudido por la borrasca; otras, era un brazo colosal que sostenia una espada no ménos disforme, cuya punta enrojecida se estaba templando en el sol, quizá para atravesar despues á la tierra; otras, era la lucha tremenda de un demonio de grandes cuernos con un ángel; el ángel caia al fin vencido, y presa del dolor, sacudia sus monstruosas alas contra la frente de unas montañas lejanas. Todo esto era sencillamente un absurdo, porque en aquellas nubes no habia arañas, ni navíos, ni ángeles, ni mucho ménos demonios. Allí no habia más que una serie de *cumulus* que á fuerza de hincharse concluian por reunirse y cubrir la tierra, formando despues verdaderos y genuinos *cumulo-stratus*. Cualquiera comprende que era una insensatez confundir un *cumulo-stratus* con un navío ó una araña. Hoy, gracias al Sr. Revilla, no se me ocurren tales disparates, porque veo las cosas en un punto de vista docente. Antes un rio claro y límpido era para mí un objeto que siempre miraba con deleite; pues hoy, créanme ustedes, por sereno y cristalino que sea un rio, como no tenga truchas, lo encuentro aborrecible.

Tuve noticia de la teoría del arte docente ó trascendental en un verano, residiendo en el campo. La buena nueva llegó á mí por medio de un periódico que traia inserto uno de esos artículos que el Sr. Revilla viene escribiendo constantemente desde que empezó á arder en su pecho el fuego sagrado de la crítica. Aquí debo advertir que con las críticas del Sr. Revilla me sucede lo mismo que con ciertas óperas de mi gusto; esto es, que á fin de que me impresionen más fuertemente, sólo las oigo ó las leo de raro en raro. Quiso la fortuna que leyera este artículo, donde, con motivo de no sé qué novela, desenvolvía nuestro poeta su grandiosa y atrevida concepcion de la naturaleza y del arte. La luz se hizo súbito en mi espíritu, y pude medir con la vista todo el horror de una obra artística sin trascendencia.

Ya he dicho que era en un verano, y que estaba pasando una temporada en el campo. Por aquel entónces solia yo levantarme temprano (¡qué tiempos aquéllos! ¡ya no volve-

rán!), y despues de levantarme, acostumbraba á salir á respirar el aire puro de la mañana sentado debajo de un magnífico y corpulento roble. Era un roble que se moria de risa cuando le hablaban de los árboles del Retiro. Sin poder decir fijamente si era simpatía personal ú otra razon de más peso la que ende rezaba su vuelo, lo cierto es que todos los dias, y á la hora en que yo me sentaba, venía un pájaro á posarse sobre el roble. Yo no tenía el honor de conocerle, pero no importaba nada, porque él guardaba muy poca ceremonia en eso de no cantar delante de gente. Se conocia á la legua que era un pájaro despreocupado y un poco aturdido, gozoso de vivir y viviendo mucho más en el mundo exterior que en sí mismo. Era un pájaro predominantemente objetivo, como diria el Sr. Revilla, con el estilo mágico que él sólo posee. Tenía parda la color, el pico amarillo, el mirar firme y osado, los modales francos y desenvueltos, ofreciendo el conjunto de su persona un cierto aire de petulancia que no dejaba de sentarle bien. Apénas se posaba en una rama, empezaba á columpiarse, y con la cabeza un poco entornada y los ojos puestos en el espacio, entregábase á la voluptuosidad del movimiento, sin que aparentase pensar absolutamente en nada. No tardaba, sin embargo, en proferir varias notas graves y llenas como las de las flautas metálicas. Era su prelude.

Sin otra preparacion, subíase repentinamente al tono agudo y lanzaba al aire una serie interminable de trinos penetrantes y acalorados, como quien quiere echar el alma por la boca. Ora atronaba el espacio con una cascada de notas fuertes y vibrantes que llegaban á producir mareo, ora desfallecia y se dejaba arrastrar al tono más suave y apagado. Tan pronto cambiaba á cada instante de inflexion y de ritmo, de modo que los trinos salian atropelladamente de su boca persiguiéndose los unos á los otros, como insistia una y otra vez, por un largo espacio, sobre una misma frase; parecia que trataba de que la aprendiésemos de memoria. De todas suertes, siempre terminaba con un arrullo muy ténue y moribundo, como si quisiera indicar que aún le quedaban muchas cosas por decir, aunque no esperásemos que salieran jamas de su boca.

En honor de la verdad, debo confesar que el canto de aquel pájaro me gustaba. No sé por qué extraña asociacion de ideas, cuando cantaba, me acudian á la memoria los instantes felices de mi existencia. Veía-

los pasar leves, dulces, luminosos como ellos fueron, sonriendo tristemente y diciéndome adios para siempre. Aquí podria aprovechar la ocasion para contar á ustedes mis primeros amores, sin que ninguno tuviera derecho á quejarse; pero soy incapaz por naturaleza de jugar á nadie estas pasadas. Tan sólo diré que el canto de aquel pájaro resucitaba en mi espíritu sentimientos muy dulces que hacia mucho tiempo habia dado por muertos. Todo era una pura ilusion, sin embargo, y una flaqueza de mi alma, disculpable únicamente por el estado de ignorancia en que me hallaba respecto á los eternos principios del arte. Porque, es preciso decirlo claro, no podia darse nada más deplorable que el canto de aquel pájaro en el punto de vista docente; nada más desprovisto de trascendencia. Despues de escucharlo me quedaba tan sabio como ántes, no puedo negarlo, pero ni la más leve partícula de ciencia venía á acrecer el caudal de mi sabiduría. Así lo comprendí con dolor al cabo, por lo que me propuse no sufrir más tiempo las impertinencias de un descarado partidario del arte por el arte. Si entre tanto trino y gorjeo se hubiese deslizado, siquiera fuese de un modo secundario, cualquier problemita insignificante de historia ó de metafísica, crean ustedes que nunca me resolveria á hacer lo que hice. ¡Pero decidirme á perder de un modo necio el tiempo! Francamente, que ya no se espere jamás eso de mí. Lo que hice, pues, fué aparejarme con una piedra bastante crecida al sentarme un dia, como de costumbre, debajo del roble, y así que columbré á mi pájaro, encajársele sin otras retóricas con toda mi fuerza. No le toqué; mas al sentir tan cerca de sí la primer pedrada de la crítica (crítica aunque severa muy justa), desplegó sus alas y no volvió á parecer por aquel sitio. ¡Pobre diablo! ¿Adónde habrá ido á parar?

En verdad que la grandiosa teoría del señor Revilla está á punto de hacer cambiar radicalmente la faz de todas las artes, arquitectura, escultura, pintura, música, poesía y baile. Tengo algunos motivos para creerlo. Por lo pronto, me han informado de que el señor Marqués, único maestro que en España cultiva con buen éxito la expresion más pura y genuina de la música, esto es, la sinfonía, está escribiendo una en que probará, ó tratará de probar al ménos, que el problema amenazador de las subsistencias sólo puede resolverse rebajando las tarifas del arancel. Este precioso tema, que el oboe se

encargará de apuntar, nada más, en el *andante*, se irá repitiendo por el *allegro*, el *allegro con motto* y el *scherzzo* entre mil combinaciones armónicas, hasta quedar totalmente dilucidado. Por otra parte, un jóven escultor amigo mio está á punto de terminar una preciosa Vénus en cuclillas, que llevará grabada á cincel en la espalda la «teoría del valor» de Bastiat, que comienza como todos saben: «Disertacion, fastidio; disertacion sobre el valor, fastidio sobre fastidio». De esta suerte, el espectador podrá gozar con la belleza de la estatua, y al mismo tiempo meditar sobre el asunto más escabroso de la economía política. Creo que el público ha de acoger con entusiasmo esta Vénus trascendental, si no por su mérito, al ménos por ser la primera que del género docente le presentan.

La teoría va, pues, abriéndose paso al traves de la frialdad de los unos y de la abierta oposicion de los otros. Su glorioso fundador puede estar seguro de que no tardará mucho en triunfar por completo. Y como nada es despreciable tratándose de contribuir á una obra tan fecunda y generosa, yo tambien quiero llevar un grano de arena al edificio, dedicando mi pluma (que no puedo llamar mal cortada, porque es de acero) al cultivo del arte trascendental. Al efecto, tengo intencion de escribir una novela en la que, por medio de una accion no muy complicada, pero bastante dramática, trataré de presentar y áun resolver el siguiente

PROBLEMA.

«Un cosechero recoge de sus fincas en los años ordinarios doscientas cincuenta fanegas de trigo candeal, noventa de centeno y treinta y siete de mijo. Ahora bien, suponiendo que durante un año llueve una tercera parte ménos que en los ordinarios, ¿cuánto trigo, centeno y mijo recogerá?»

Dicho se está que trataré de desenvolver este problema de tal modo que se deduzca del contenido mismo de la fábula, y no sea un miembro agregado artificiosamente á la novela. Para ello he de procurar que la accion sea rápida, haciendo que dure solamente los tres meses de Otoño; la descripcion de la sequía, que como es natural formará una parte muy principal de lá obra, será bastante sobria, sin perder de su verdad y energía; las escenas, sobre todo desde que el nudo se forma por entero, serán vivas y dramáticas; por último, veré de concentrar en cuanto sea posible un gran interes sobre el cosechero,

héroe de la accion, haciéndole morir trágicamente en el cadalso. Lo difícil en esta obra, como en todas las demas del arte docente, es presentar el problema aparentando encubrirlo, como hacen los arroyos con las guijas que tienen en el fondo.

En este momento llega á mi noticia que el Sr. Revilla no es el inventor del arte docente. Aún más, que el Sr. Revilla lo ha combatido personalmente con gran encarnizamiento hace muy pocos años. Cuando esto fuese cierto, no es posible negar que el arte docente era muy digno de ser inventado por el Sr. Revilla. La conversion, segun me aseguran, se realizó al doblar nuestro poeta la esquina de la calle de la *Montera* á la del *Caballero de Gracia*, donde creyó escuchar una voz misteriosa saliendo del fondo de la tierra, que decia: «¡Emanuel! ¡Emanuel! ¿Cur persegueris me?» Instantáneamente el poeta sintió iluminarse su alma con una luz viva y purísima, y derramando abundantes lágrimas, dió gracias al Todopoderoso por no haberle dejado eternamente en el abismo del arte por el arte. En el mismo punto levantó en su pecho un altar al culto del arte docente, y el sol de la verdad comenzó á teñir de grana y oro los bordes de sus revistas de teatros. Sin dar paz á la mano, el Sr. Revilla viene trabajando desde entónces tanto y tanto en favor de esta nobilísima teoría, que bien puede perdonársele el no haberla inventado.

Mas el Sr. Revilla empieza ya á recorrer ese doloroso Calvario que el mundo ofrece siempre al genio. El público (¡á reserva de glorificarlo despues de muerto!), cuando no se rie de ellas, aparenta no comprender sus intrincadas opiniones; en tanto que el Gobierno, cuya obligacion de alentar al genio debiera ser una verdad, me aseguran que está pensando seriamente en prohibir el uso de los vocablos *objetivo* y *subjetivo*. Si por desgracia este rumor tuviese fundamento, ¡triste es decirlo! al Sr. Revilla no le queda otro recurso que retirarse á la vida privada.

ARMANDO PALACIO VALDÉS.

MISCELÁNEA

TEATROS DE MADRID

La ropa sucia debe lavarse en casa, y como dijo Sancho, peor es meneallo. Mucha ropa sucia debe haber actualmente en el regio coliseo. Lávese, pues, en casa, y hágalo así quien le corresponda hacerlo. No necesitamos ser hoy más explícitos. Hora es ya de que la formalidad artística y la marcha regular del repertorio reemplacen á chismes de vecindad, que hablan poco en favor de nuestro primer teatro lírico.

Con este párrafo termina uno de los artículos el distinguido crítico Sr. Peña y Goñi, en *El Tiempo*, y con el mismo empezamos estas líneas para indicar á nuestros lectores que no queremos ocuparnos en detalle de lo que sucede en el Teatro Real entre empresario, maestros y directores, ni entre el primero y otras personas que con más ó ménos fundamento quieren intervenir, y veces á intervienen, en los asuntos del teatro. Espacio y humor nos faltan para hacer las consideraciones festivas, únicas á que se prestan esos acontecimientos interiores del teatro, que apesar de este carácter trascienden al público á lo mejor en forma de mala organizacion, en los trabajos, peor direccion artística y pésimas direcciones especiales. Cuando la cabeza está desorganizada y á veces tiende expresamente á desorganizar algunos elementos de los que tiene á su servicio, ¿qué ha de resultar? Lo más sensible es que pagan los vidrios rotos el público y el arte, que no tienen culpa de nada de lo que pasa. Decimos mal, el público tiene algo de culpa, porque se ha apresurado á cubrir un abono enorme, segun se ha pregonado en todos los tonos, sin experiencia de la empresa ni dato alguno de que ésta sabria cumplir sus compromisos artísticos y su deber de dar buena organizacion al teatro. Ya casi estamos viendo lo que va á suceder cuando llegue el momento de renovar la mitad del abono. Que no se queje entónces la empresa.

—Una representacion de la *Sonámbula* que se ha dado en la semana pasada, ha enterrado un nuevo tenor, y van tres. El tenor portugues Sr. Gazul, cuya contrata nadie sabía, ha llevado el mismo camino que los tenores Ugolini y Vicini, solamente que, como los

males van siempre en aumento cuando no se ponen remedios verdaderos, el fracaso del Sr. Gazul ha sido mayor que los anteriores, pues no posee ninguna de las condiciones artísticas que se requieren para pasar siquiera en el Teatro Real de Madrid.

La pobre señora Varesi, que tiene excelente escuela de canto, aunque poquísimo volumen de voz, y la maneja con gran agilidad y delicadeza, parece destinada á no darse á conocer sino en las peores condiciones posibles y en óperas en que el público tiene que manifestar su desaprobacion por causa de otros artistas.

El bajo Sr. Meroles estuvo regular. Los coros, mal. La orquesta, bien. La direccion de escena, como siempre, deplorable.

—La primera representacion en esta temporada de la gran ópera de Meyerbeer *Roberto el Diablo* no ha tenido en manera alguna la interpretacion que debia tener en el Teatro Real de Madrid. No ha sido ciertamente un fracaso, como *Sonnambula* y *Un ballo*, pero ha distado bastante de ser un éxito mediano. Hay que advertir que la señorita De Rescké estuvo á la gran altura de su reputacion, á mayor altura indudablemente que en *Los Hugonotes*, y con esto creemos decir bastante; pero los demas artistas dejaron bastante que desear. La señorita Torresella no hizo nada de particular. El Sr. Maini no entiende ni por el forro, como suele decirse, el personaje diabólico de que estaba encargado, é hizo un diablo marcial y hugonote que no habia más que pedir. Se conoce que está tan enamorado del Marcelo de *Los Hugonotes*, que todo quiere hacerlo lo mismo, aun á riesgo, como sucedió en la noche del sábado, de quitar todo su carácter al importante personaje de Bertram, desnaturalizar la música de Meyerbeer y dar una pobre idea de sus condiciones artísticas, cuando ni siquiera lee, y si lo lee no lo entiende, el papel que se le confia. El nuevo tenor Sr. Rescké, hermano de la tiple, empezó con un tropiezo mayúsculo, no pudiendo entonar un *la* agudo, pero se corrigió despues y cantó con bastante acierto. Tiene una voz abaritonada muy insegura, pero se conoce que ha estudiado. Es un buen tenor para los teatros de segundo orden de Italia, ó para Córdoba, Lérida ó Huelva en nuestro país. El Sr. Valero, tan desenvuelto de maneras como siempre. En suma, ensayada la ópera muy precipitadamente, resintióse el conjunto de falta de seguridad y de union, sobre todo en la orquesta, que aun

cuando se hallaba bajo la dirección del maestro Faccio, á quien no hemos escaseado los elogios en otras ocasiones, tuvo momentos de una vacilación inconcebible, y hasta detalles de censurable descuido, sobre todo en las trompas. La *mise en scene* descuidadísima, como es proverbial en este teatro, sobre todo en la escena del cementerio, donde sólo había un fuego fatuo, y éste tan grande, que más bien parecía una hoguera. La decoración final de la iglesia, horrible. El nuevo órgano no es órgano; cuando más, es un *armoniflute*, y bastante malo por cierto.

En el tercer acto ocurrió un incidente que no debe repetirse en el Teatro Real. Cuando el público notó que se retiraban el tenor y el bajo sin cantar el dúo, que es uno de los trozos más hermosos de la ópera, protestó como era natural, y pidió que se ejecutase, manifestando su deseo con las más corteses formas. El dúo no se cantaba, y la orquesta seguía preludiando. Insistía el público, y lo hizo con tanta razón, que al fin apareció en escena un señor que no debe hallarse muy impuesto del respeto que merece el público, y anunció que en otra representación se cantará el dúo. ¿Y por que no entonces? La empresa debió haber anunciado, si se proponía suprimirlo, que no se ejecutaría por esta ó por la otra razón; pero una vez que nada de esto se decía en los carteles, el público reclamaba con perfecto derecho, y prueba de ello, que implícitamente reconoció la empresa la razón que le asistía.

El señor gobernador de la provincia hizo llamar al día siguiente al empresario, y le previno que en adelante tendrá que anunciar en los carteles todas las supresiones ó variaciones que se hagan en las óperas, para evitar escenas tan justificadas como la de que damos cuenta. Justificada y todo, durmieron unos cuantos en la prevención, porque sí.

—La novedad que ha presentado el Teatro de la Zarzuela es el drama lírico *Corona contra corona*, letra de D. Calixto Navarro, música de D. Tomás Breton, que ha tenido un éxito mediano.

—Á lo tuyo tú, ¡Caballero!, *Quien quiere... puede*, *Muy corto*, y *Caer en la red*, son los títulos de las obras nuevas representadas durante la semana que acaba de transcurrir, en la escena del Teatro de Apolo las dos primeras, en la de la Comedia la tercera, y las dos últimas en la de Variedades.

Todas han sido importadas á nuestro teatro del francés, y excepción hecha del cuento

titulado ¡Caballero! referido en francés con el de *Monsieur*, y de *Caer en la red*, las demás han sufrido la suerte que merecían, cayendo para siempre en el olvido.

El cuento anónimo ¡Caballero! está escrito con corrección y gracia; pero sin la que pone por su parte al referirlo la inimitable Pepita Hijosa, el éxito hubiera dejado mucho que desear para el desconocido autor.

El éxito, pues, pertenece íntegro á la actriz, y así lo dieron á entender los espectadores al llamarla á escena sin pedir á la vez el nombre del autor.

Quien quiere... puede, única obra nueva representada en la Comedia, murió al nacer. El público demostró al autor del arreglo que *quien quiere... puede* hacer de un asunto agradable una comedia soporífera é insostenible.

En este teatro se anuncia el estreno de otra comedia también en un acto, y también arreglo del francés. El original lleva por título *La peluca*. Sentiremos tener que echar una al traductor.

Muy corto, arreglo del Sr. Navarro (don Calixto), consiguió pasar en el Teatro de Variedades, merced á la esmerada interpretación que cupo á la obra, encomendada principalmente al Sr. Tamayo. El mérito de la obra es, como el título dice, muy corto. Mejor éxito, y con mejor justicia alcanzado, ha sido el de *Caer en la red*, discreto arreglo hecho por el Sr. Lastra, apreciable actor de aquel teatro. La obra está correctamente escrita, abunda en situaciones cómicas y en chistes de buena ley. Los actores la interpretan con gran acierto, distinguiéndose mucho el señor Vallés.

BIBLIOGRAFÍA

Glorias militares y literarias del reinado de Felipe II, poema histórico, por D. Vicente Colorado, que obtuvo el primer premio, regalo de S. M., en certámen literario de Valladolid. Un folleto de 40 páginas en 4.º Madrid, 1879. Librería de Donato Guio.

Estudios sobre las cuestiones cubanas. Un folleto de 52 páginas en 8.º francés. Paris, 1879. Imprenta Hispano-americana, 15, rue de Monsigny.

El hombre tereirario. Discurso leído en la Juventud Católica de Madrid en la apertura del curso de 1879-80 por su presidente don Juan Catalina García. Un folleto de 64 páginas en 4.º mayor. Madrid, 1879. Imprenta de F. Maroto.